

DUENDES, PAVOS, ÁRBOLES  
Y UN SEÑOR VESTIDO DE ROJO

# NAVIDADES PARALELAS

ANTOLOGÍA INTERNACIONAL DE RELATOS NAVIDEÑOS





**DUENDES, PAVOS, ÁRBOLES  
Y UN SEÑOR VESTIDO DE ROJO**  
**NAVIDADES PARALELAS**

**ANTOLOGÍA INTERNACIONAL DE RELATOS NAVIDEÑOS**

**LENGUA DE DIABLO EDITORIAL**

**COLECCIÓN DUENDE MALO**

Los textos incluidos en esta antología fueron seleccionados a través de su participación en el concurso de cuento navideño convocado por Lengua de Diablo Editorial en diciembre de 2022. La editorial los publica de acuerdo a la autorización explícita en las bases del concurso y recibe de buena fe la garantía de que las obras son de autoría original y responsabilidad legal de cada uno de los autores.

El presente libro se presenta bajo una licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 España (CC BY-NC-ND 3.0 ES) Bajo los siguientes términos:

**Atribución** — Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

**NoComercial** — Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

**SinDerivadas** — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Derechos reservados la editorial por la publicación y los autores por sus textos. Diciembre 2022.

Imágenes de portada e interiores: Midjourney, laboratorio independiente de investigación.



Antes de llegar a la nebulosa nos era imposible decir cuándo se había producido la explosión. No obstante, a la sazón, gracias a la evidencia astronómica y a los registros encontrados en el planeta superviviente, he podido fechar la catástrofe con precisión. Sé en qué año llegó a la Tierra la luz despedida por aquel estruendo colosal. Sé con qué brillantez lució en los cielos terrestres la supernova cuyo cadáver relampagueaba mortecinamente tras nuestra nave. Sé también lo que ocasionó un resplandor a poca altura, antes del alba, brillando como un faro en el oriente.

Razonablemente no puede haber dudas; el viejo misterio está resuelto por fin. Sin embargo... Señor, había tantas estrellas que pudiste haber usado...

¿Qué necesidad había de llevar a aquellas gentes a la destrucción y que el signo de su aniquilación resplandeciese sobre Belén?

-Arthur C. Clarke



# La rebelión de los pinos

Rocío Mejía Ornelas

Ahí están, furiosos, desnudándose de las esferas y las luces esquizoides; pateando los absurdos regalos que nadie pidió; sacudiendo sus hojas en frenética carcajada al ver a sus dueños correr despavoridos ante la endemoniada escena.

Los árboles de navidad abandonan las casas llenas de adornos *Made in china*; de sonrisas forzadas y abrazos huecos. Marchando, recorren la Avenida Morelos rumbo al norte de la ciudad. Se les oye cantar en tono de villancico consignas de libertad.

El viento parece dirigir la insurrección de pinos, cedros y oyameles. Arrebata letreros de *Merry Christmas*; voltea renos de luces led que embellecen taquerías grasientas; y agita el horrendo traje rojo de satín de un Santa Claus ebrio.

La brisa clama un grito de guerra que llega impenetrable al bosque y le anuncia, en su prístino movimiento, el natalicio de un sueño: el retorno de esos hijos que un día arrancaron de sus entrañas.

## Duendes navideños

Mirza Mendoza

Los duendes estuvieron de acuerdo en tirar sus puntiagudas gorras al piso y paralizar la producción. Se retiraron de la fábrica sin importar que afuera hiciera frío. Tenían que dejar atrás el largo sometimiento, así que poco les importó a dónde les llevaría el camino. En el trayecto, empezaron a caer por la hipotermia, el cansancio y la inanición. Los habitantes, guiados por las huellas de la nieve, vieron a su paso los cuerpos regados. Sus rostros cadavéricos presentaban signos de dolor y preocupación.

A varias millas del lugar, un grupo de atrevidos exploradores encontraron la fábrica secreta de juguetes, también guiados por las huellas de los duendes. Al llegar, la decena de hombres percibieron un olor nauseabundo que luego dio paso al infame escenario de renos desollados. La rebelión de los duendes había dado por finalizada la navidad. Papá Noel estaba histérico, sin sus pequeños esclavos que trabajen “veinticuatro siete” creando juguetes, su labor de benefactor no podía continuar. Por ende, no podría colmar su colosal ego. A través de las ventanas rotas, los ojos de los exploradores brillaron de avaricia al ver las riquezas del panzón de barbas blancas.





La navidad pasada pudo a duras penas entregar algunos juguetes, los que estaban separados por estar fallados o incompletos. El llanto general de los niños colmó la paciencia de los padres, quienes maldijeron al que antes les llevó exquisitos regalos y felicidad. Esa ocasión fue tan solo una huelga de los duendes lo que paralizó la producción y al no llegar a un acuerdo, estos decidieron abandonar el lugar para morir. Aunque Papá Noel intentó retenerlos no pudo contra la estampida. Enloqueció y rompió todo a su paso. Pateó puertas y ventanas. Las montañas de cartas paternas, llenas de quejas y reclamos, las hizo arder en el medio de la línea de producción.

Cuando los hombres llegaron, el arruinado viejo bebía una mezcla de whisky, coñac y leche. Luego alternaba fumando una pipa mientras veía, cual Calígula, las magnánimas llamas crepitar. Derrotado. Ya adentro, los exploradores creyeron que entre todos podían contra el regordete. Se dieron ánimos y palmaditas en el hombro para iniciar la emboscada.

—Mátenme y terminen con mi fracasada vida.  
—dijo Papá Noel con impactante tranquilidad al verlos.

El viejo empezó a desvestirse ante la atónita mirada de los hombres.

—Antes de que me eliminen, les pido que se lle-

ven todo el oro que puedan encontrar aquí, no dejen nada. Solo les suplico una cosa: no toquen los juguetes.

Los hombres al saberse vencedores patearon al viejo y le quitaron las botas. Lo empujaron y lo escupieron. Riéndose de él, tocaron los juguetes a medio a hacer.

El viejo no podía prohibirles nada, al fin y al cabo, ya era un hombre muerto.

Al tocar los juguetes, un fuerte hipo los hizo empequeñecer cada vez que saltaban movidos por su diafragma. Un impulso los hizo sentarse a terminar las delicadas muñecas, a ensamblar los trenes y pintar los soldaditos de plomo. Se pusieron los gorros puntiagudos del suelo y entre villancicos iniciaron su labor movidos por el maleficio.

Papá Noel los vio embelesado, semidesnudo y borracho. La navidad podía seguir unos lustros más.

# La caminata del farol

Andrea Madruño

*Era el solsticio de invierno que los hombres llaman Navidad,  
aunque en lo más oscuro de su mente tienen el conocimiento de  
que dicha fiesta es más antigua...*

H. P. Lovecraft

Era época de amarguras y festividades. Tardes cada vez más cortas y el inicio de los meses de hambre. Ecos de canciones tristes reverberaban en el aire rebotando contra los aullidos de la peña. Mientras el sol descendía para dar paso a la noche más larga del año, los habitantes del pueblo a las faldas de la montaña se preparaban para subir por el viejo camino del monte al amparo de la luz de los faroles. Sus pies acostumbraban marchar al ritmo inexorable de los ritos de paso por las estaciones. En primavera y verano dejaban sus huellas sobre la tierra al trazar surcos para la siembra. En invierno llegaba el momento de pagar deudas por el alimento cosechado y el peaje era la caminata del farol durante la gélida víspera del solsticio de invierno.

Una densa negrura se extendía sobre el valle. Solo las estrellas mudas e indiferentes, acompañaban el andar de la hilera de peregrinos que en la lejanía se percibían cómo insectos de luz titilante. Cómo un enjambre lanzando sortilegios para apa-

ciguar a las deidades de la oscuridad. Mujeres, niños, jóvenes y ancianos murmuraban al unísono una monótona melodía en un lenguaje olvidado. Entre el tiritar de cuerpos y el castaño de dientes, aguzaban los sentidos, para librar raíces traicioneras y desfilan por la orilla del despeñadero sin caer a las abisales fauces del barranco. Era importante evitar tales accidentes y reservar los sacrificios hasta llegar al refugio de la Madre sin nombre.

Alcanzar el santuario era arduo y algunos quedaban rezagados, por lo regular esos eran los elegidos. La Madre de dientes afilados mostraba predilección por los niños y los ancianos. En esta ocasión al divisar el monolito de piedra de la diosa de sonrisa congelada, un bramido glacial apagó la llama de los faroles. En las tinieblas de aquella noche sin luna los peregrinos temblaron sacudidos por las pisadas colosales. Cómo una avalancha primigenia la ogra derribó árboles y recolectó su tributo, antes de desaparecer en el pico de la montaña.

Al reavivar el fuego notaron la ausencia de una niña pequeña. Las lágrimas y los gritos no tenían sentido ante lo que no se podía evitar. Cada invierno la luz de los faroles era un implacable recordatorio de fragilidad y crueldad. Solo restaba retomar el canto y encender la pira ceremonial. La rueda del año debía continuar.

## **La cena anual de navidad de los Gutiérrez**

**Arturo Martínez Molina**

Como era habitual en todas las navidades, la familia Gutiérrez que reside en un pequeño pueblo de Galicia, organiza la cena de navidad para las personas sin techo o con escasos recursos económicos. Concretamente era el mismo día de navidad, en el patio exterior de la vivienda, en donde ponían mesas para al menos cincuenta personas con gran variedad de alimentos para que pudiera agradar a todos.

Brais, el marido, controlaba que se pusiera todo en orden.

Contratan a personal para ese día al tener una pequeña empresa que les permitía ese gasto extraordinario por estas fechas.

El matrimonio estaba formado por él y Antoña, al no haber tenido hijos empleaban parte de los beneficios empresariales en ese acto altruista anual. Ambos tendrían unos cuarenta años y pese a estar aún a tiempo, más bien pasaban de complicarse en esa etapa de su vida. Entre ambos al salir ella de la casa, terminaron de asegurarse que todo estaba en condiciones antes de pagar a las personas contratadas para montarlo todo en el patio exterior.

Sus invitados empezaron a llegar al poco rato y se sentaron, tomando una bebida hasta que estuvieran todos para que la comida pudiera dar comienzo. No tardó en estar la mesa al completo y ocuparon los puestos de honor en otra algo separada el matrimonio gallego.

—Como es habitual cada año en este día, nos complace ofrecer esta cena para algunos de los más necesitados. Podéis empezar en cuando queráis —dijo Brais al tomar asiento junto a su mujer.

El matrimonio los acompañó con lo que tenían para ellos en exclusiva, hasta la hora del postre en donde volvieron a levantarse disimulando una malévolos sonrisa en su rostro.

Al instante los invitados se pusieron nerviosos al ver cómo el paisaje a su alrededor cambiaba a otro bastante más oscuro con unos ruidos de fondo nada tranquilizadores rodeándolos... Unos gusanos gigantes empezaron a verse entre la lúgubre oscuridad y los invitados miraron asustados a sus anfitriones.

—Somos alienígenas y nuestros bebés requieren de un huésped para desarrollarse por completo, vosotros les serviréis como tal —expresó la mujer al cambiar su aspecto junto al de su marido a otro de un gusano bípedo con un par de brazos.

Los desgarradores gritos de los indigentes cesa-

ron en cuanto el último se vio obligado a dejar entrar por su boca a un recién nacido extraterrestre. Al volver en sí, su voluntad como humanos había desaparecido y se volvieron a sentar.

—En esos cuerpos podréis crecer hasta el año que viene sin problemas –les comunicó el que fuera Brais.

Su entorno volvió a cambiar, para ser el patio exterior de la casa gallega de la familia Gutiérrez a la par que la apariencia de los alienígenas adultos pasaba a ser humana de nuevo.

El resto de la velada transcurrió en silencio entre los invitados que nutrían al parásito en su cuerpo sin poder oponerse... Terminada la cena, estos dejaron la casa con la promesa de un empleo que les permitiría conseguir un techo sobre sus cabezas además de poder comer en condiciones desde entonces.

—Ahora solo queda ver la forma en cómo hacer que desaparezcan el año que viene sin llamar en exceso la atención de las autoridades todos esos humanos –dijo Brais a su pareja sin inmutarse lo más mínimo con el comentario.

—Ya lo resolveremos como siempre hacemos, querido! –contestó la mujer.

Ambos entraron en la casa tras cerrar las verjas del patio al despedir a los bebés que controlaban a esos humanos.





## Los pavos

Sara Montaña Escobar

Mamá esconde a Lucas en el armario. Antes amarró su hocico con una cuerda para que no ladre. El señor camina hacia la ventana trasera de la cocina. Su vista se dirige a los naranjos del patio. Mamá pela una papa, la cáscara cae en el piso junto a las otras cortezas. Yo me acerco a la olla y el calor de la lumbre me genera escalofríos en la nuca. Mamá saca el molde de la alacena. El señor extrae un tabaco de su bolsillo derecho. Le pide a mamá que se lo encienda. El señor habla de otros tiempos. Recuerda cuando las aves empezaron a morir sin causa entendible. Fue cuando los pavos comenzaron a crecer, engordar y, poco a poco, mostraron indicios de inteligencia. Mamá pone tiritas de harina encima de la tarta de manjar. El señor dice que en ese entonces, comían pavo en Nochebuena. Pero, comenzaron a desaparecer de sus corrales. La gente pensó que se los robaban, por eso hubo peleas entre pueblerinos y muchas veces, tuvo que intervenir la policía. Lo que nadie sabía es que, de manera secreta, los pavos habían formado grupos en las partes profundas de los bosques. Se comunicaban entre ellos con un sistema de signos y códigos indescifrables para nosotros. Peor aún,

habían inventado una serie de armas que resultaron efectivas para su defensa. Por las noticias supimos que era un fenómeno global. El señor deja la colilla del tabaco encima de la mesa. Pidieron dialogar con los presidentes de las naciones. La solicitud universal era sencilla: Celebrar Navidad con los humanos como iguales. Mamá aplasta los grumos de las papas. El señor se dirige hacia el armario, abre la puerta y saca a Lucas. Mamá llora. Le pide que no lo haga. El señor le dice que sabe que pasará si nos negamos al tributo. Desde hace quince años, las familias se reúnen en Navidad con un pavo como invitado. Algunos se negaron. Al siguiente día, los rebeldes encontraron los cuerpos destrozados de algún familiar. Intentaron atrapar a los pavos, pero nadie conocía su ubicación exacta. Ahora viven en las ciudades y a nosotros nos relegaron a los campos o suburbios. En países más grandes ocupan cargos directivos y conviven con la clase media alta. Mamá llora y le jura que tiene un plan mejor. Hace cinco años, se implementó la ley del tributo humano en Nochebuena. Un niño pequeño o una mascota. Es por nuestros mártires, dijeron. Mamá me toma de la mano y dice que le recuerdo a mi padre. Y ella lo odia desde que la dejó por su hermana menor. El señor mira a mi madre y me mira a mí. Un escalofrío recorre de nuevo mi nuca cuando veo que el fuego de la cocina ahora es

amarillo. Madre dice que Lucas es su perro desde hace diez años. Yo tengo ocho. El señor suspira y dice que, el año pasado, él tuvo que hacer lo mismo con el bebé de ocho meses. Yo miro a través de la ventana y esta vez noto que en uno de los árboles cuelga el cadáver de su hija. El señor dice que odia ser el encargado de los tributos. El señor se acerca a mi madre y la abraza. Yo tomo el cuchillo del mesón. Me acerco y apuñalo varias veces la espalda de ella. En la noche, un pavo viejo chupa la sangre de la columna vertebral asada de mamá. Dice que el tributo no debería tener límites de edad.

## Un puto cuento de navidad

F. Javier Solórzano Serrano

Diego sintió vibrar su teléfono. Lo ponía en la bolsa delantera del mandil para no buscarlo en los bolsillos del pantalón. A él no le importaba hasta que su mujer le dijo que era poco higiénico, lo mismo que poner sus bocadillos en la mesa de acero inoxidable mientras trabajaba. Admitía que cuando buscaba algo en sus bolsillos a veces sentía residuos encostrados de lo que imaginaba era grasa y sangre. El teléfono volvió a vibrar. Puso las tijeras de acero sobre la plancha y se sacó el guante. Miró el calendario tachoneado de “Pollería Rosy”, puesto ahí para tener a vista los pendientes de casa cuando su mujer llamara. No había notas en la casilla de ese día.

—¿Ya sabes a qué hora vas a llegar? —Por el tono intuyó que Rosy preguntaba no para presionar, sino para ganar tiempo.

—Todavía no. ¿Ya metiste el pavo al horno?

—Por eso te hablo. ¿Te acuerdas dónde quedó la receta del relleno?

—El año pasado la dejaste bajo el frutero para que no se perdiera.

—La voy a buscar, pero quizá el relleno no sea como el del año anterior.

—En seis años nunca ha sido igual.- Una fracción de silencio bastó para darse cuenta que estaba por echar a perder la cena. - Lo que quiero decir es que no me importa, está bien como sea. ¿Encontraste el pavo orgánico que querías?

—Sí, fue horrible. Creo que seguiré comprándolo en el super. La viejecita de la granja era muy amable, me recordó a mi abuela, sin dientes y risueña. Me mostró sus guajolotes tras una cerca, podían correr y se pavoneaban mirándonos desconfiados, pero eran pavos siendo pavos y con la posibilidad de huir, no como en la granja que nos surte pollos que nacen y mueren en poco tiempo en una jaula, hinchados con hormonas. Escogí el más viejo, el que ya vivió. El guajolote se encrespó cuando la vio acercarse, pero lo tomó del pescuezo y lo torció como un trapo. Te juro, la cara de la anciana cambió. Sus nudillos estaban blancos por la fuerza. Se enderezó y arrastró el guajolote, le chorreaba sangre de la nariz, tenía los ojos entreabiertos, como tú cuando duermes. Luego lo metió en agua hirviendo, lo desplumó y después de destriparlo le cortó patas y cabeza.

—Trabajas destazando pollo, deberías estar acostumbrada.

—No es lo mismo, Diego. A mi me llegan igual que a ti, ya muertos. ¿Tú ya mandaste el tuyo al horno?



—Todavía no. Es probable que lo deje en refrigeración si no hay quién prenda el horno. Es veinticuatro.

—Sólo tú trabajas este día.

—Si yo necesitara mis servicios no me gustaría esperar hasta el otro día. Además, para mi esta fecha es igual que otra, excepto porque es más tranquilo el trabajo.

—Te da igual cenar.

—Prefiero cenar.

—Entonces mete la carne al refri y ven que el pavo y yo te esperamos.

—Rosy, te he dicho que no hables así de mi trabajo ¿Qué crees? ¿Que esto es cuento de navidad? Hoy por la tarde los vecinos de alguna colonia cerraron la calle y la llenaron con mesas para armar fiesta en grande. Cuando todos estaban ebrios y los únicos que pensaban que seguían en una fiesta navideña eran los niños, comenzaron a tronar cohetes. Alguien sacó una pistola y disparó al aire, así nada más, por hacer más ruido. La gente es estúpida, no entiende que lo que sube baja, y rápido. Lo que recibí es un elfo de seis años con una bala que llegó del cielo a su cabeza. Alguien llamó a la ambulancia y cuando lo recogieron sólo lo rodeaban los curiosos. Nadie ha venido a reclamarlo. Imagino al niño correr con su trajecito de elfo antes de desplomarse. como si alguien tropezara con



su cable y lo desconectara. Ahí está el puto cuento de navidad, sobre la plancha, sin que nadie lo reclame ni quiera saber nada de él.

La cabeza de Diego hormigueaba y una dolorosa canica gorda estaba atorada en su garganta. Se estiró los ojos con la palma de las manos y miró la plancha. Terminaría la autopsia e iría a casa, llegaría sin ánimo de cenar. Quizás era momento de hablar con ella.

Como siempre al finalizar la jornada se acercó al calendario y tachó el día. Antes de echar llave a la puerta vaciló un momento y sin saber por qué, regresó para dejar una luz encendida.

## 28 de diciembre

Dulce Esperanza Cruz Torres

A la media noche, Ángeles y su esposo viajan en un Mercedes negro de regreso a casa. Luces de colores rojo, amarillo y verde iluminan su camino, sin embargo, ni las sombras diabólicas que se forman a partir de los renos junto a otros adornos navideños, les advierten de lo que les espera en su hogar.

Regresaron de la fiesta de celebración de fin de año organizada por la empresa de Leonardo. Al pasar por una avenida decorada con flores de Nochebuena, Ángeles recordó el dulzor del ponche caliente y los jugos del pavo relleno; en su oído vibraron las notas de la blanca navidad interpretada por el coro de la ciudad; a su nariz volvió el aroma del vino tinto con el que brindaron por un año más de ganancias monetarias.

Disfrutó de la fiesta aunque no del todo, debido al remordimiento por castigar a su hijo de manera cruel: echarle a perder la ilusión de encontrar debajo del árbol de navidad, vestimenta, en lugar de recibir lo que escribió en un trozo de papel dirigido a Santa. Lo que más le dolió fue la reprimenda que su padre le dió a su hijo de nueve años: “si vuelves a desobedecer e insultarnos, Santa te va a traer un pedazo de carbón”, y no solo eso, el comentario

que le hizo Leonardo cuando ella le reclamó por tal atrevimiento con su hijo: “el niño necesita disciplina, acaso, ¿no te das cuenta del daño que causamos?”.

Desde hace un año, Leonard, como le decían sus padres de cariño, descubrió la mentira del hombre gordo vestido de color rojo, por eso cuando su padre lo increpó, los ojos vidriosos no le impidieron lanzarle una mirada desafiante.

Al llegar a casa, Cindy, la niñera, les comenta que el pequeño lleva una hora dormido, le agradecen por sus servicios, le entregan su cheque y acto seguido suben a la habitación de su hijo.

Al acercarse a la cama observan que el niño no se encuentra, la ventana está abierta y en el marco se ven manchas color escarlata. Buscan a Leonard por toda la habitación, nada. Bajan a buscarlo por la sala, el estudio, la cocina, el jardín, la casa del árbol...

Un escalofrío invade a Ángeles, su corazón palpita violento. En un intento por mantenerse erguida se recarga sobre el árbol iluminado en colores verde y rojo. Le tiembla la mano, aún así logra llamar a la policía, Leonardo padre le arrebató el teléfono y comienza a dar detalles del suceso.

Desde el viejo sótano, entre telarañas y cubiertas de muebles empolvadas, Leonard escucha a

través de micrófonos ocultos, a sus angustiados padres. Presta atención: los pasos, el tono de voz, las puertas de los muebles abriéndose con desesperación. En su rostro se dibuja una sonrisa y pronuncia algo que apenas le hace mover los labios.



## Calurosa Navidad

Nelson Lehi Cardoza Diaz

Para Papá Noel siempre fue un reto repartir los regalos en Latinoamérica. Pero Piura era la ciudad que le demandaba más esfuerzo.

Al pasar la línea ecuatorial, tuvo que quitarse el gorro navideño. Pero cuando entró a “la ciudad del eterno calor” no soportó y tuvo que quitarse el abrigo rojo y esponjoso. Se pasó un pañuelo verde de bordes dorados por la frente sudorosa. Su rostro estaba todo colorado. Vio con cierta ansiedad y nerviosismo cómo la nieve de su trineo y sus renos se derretían a velocidad impresionante.

Revisó su lista de niños. Estaba en orden alfabético. El primero se apellidaba Abad. Azotó las riendas de su trineo con fuerza y firmeza y gritó un sonoro y encantador “Jo Jo Jo” que retumbó en todo el cielo estrellado de aquel 24 de diciembre.

Cuando las casas empezaron a visualizarse, apretó un botón en forma de fantasma en su tablero de controles. Inmediatamente el trineo, los renos, el inmenso saco de regalos y hasta el mismo Papá Noel, se volvieron invisibles. Tenía que hacerlo así, ya que, a diferencia del hemisferio norte, en esta ciudad las personas siguen despiertas mucho después de la hora de dormir.

El trineo invisible descendió lentamente los últimos kilómetros. Santa Claus también presionó el botón de “silencio” ya que había mucha gente en las calles: niños reventando cohetones, familias enteras llegando a las casas de sus parientes y saludándose efusivamente en las veredas, personas haciendo compras de último minuto en la tienda de la esquina.

El trineo se detuvo a pocos metros por encima del corral de la casa. No pudo estacionar el trineo sobre el techo. Este era de eternit. No iba soportar tremendo peso. Papá Noel descolgó una sogá roja y descendió cuidadosamente entre los tendedores de ropa. La vivienda tampoco tenía chimenea.

A mitad de camino tuvo que detenerse y hasta contener la respiración, ya que la señora de la casa salió al corral a dejar una bolsa grande de basura. Cuando se hubo ido, Santa Claus terminó de bajar y se acercó a la puerta sigilosamente. La abrió con cuidado. Pudo ver hacia la cocina y contempló a tres mujeres de diferentes edades en plena acción gastronómica. Una revolvía y probaba el chocolate (<< ¡¿con este calor?! >> - pensó Papá Noel), otra estaba escurriendo los fideos recién cocinados y la más joven estaba cortando el panetón.

Santa Claus, aun invisible, entró de puntillas por el pasillo. Caminó con lentitud y mirando hacia todos lados con precaución. Pudo pasar sin

problemas la puerta de la cocina. Pero cuando estaba por llegar a la sala, de pronto se formó una aglomeración de personas, quedando él en medio. San Nicolás miró hacia todos lados buscando una salida. No la halló. Entonces presionó un botón en su guante a la altura de la muñeca. Dejó de ser invisible, pero ya no era Papá Noel. Se había convertido en uno de los sobrinos de la familia. Ese que anda con su pistola de luces que dice “Fire Fire”. Más allá ya no era ese niño. Se había convertido en el adolescente con la madeja con el extremo encendido en una mano y una bolsa de juegos pirotécnicos en la otra. En la sala se convirtió en el tío bonachón que les da la propina a todos bajo cualquier pretexto. Cuando llegó al árbol iluminado de Navidad y comenzó a colocar los regalos debajo de él, algunos lo vieron como el papá, otros como la mamá que trabaja, y otros como el abuelo. Santa Claus volvió al corral sentado en una silla de ruedas, convertido en la bisabuela. No pudo contener las lágrimas al ver que un pequeño niño de tres años intentaba ayudarlo a avanzar. Ya en el corral no se molestó en hacerse invisible. Dejó la puerta abierta. Después de asirse a la sogá y antes de subir al trineo contempló con emoción y deleite a la familia reunida. Cómo reían, como se abrazaban, como disfrutaban de estar juntos.

Papá Noel subió a su trineo, se secó el sudor de la



frente y la papada, y dio la orden a sus renos para ponerse en marcha. Revisó su lista de niños buenos y volvió a agitar las riendas de su transporte mágico. El ruido de los cohetones y el trajín de los preparativos no dejaron a los piuranos escuchar los cascabeles ni el “Jo Jo Jo” sonoro de aquel hombre que se dirigía a la siguiente casa en aquella calurosa noche de Navidad.



Su cabeza yace inerte sobre un pedazo de madera que pretende ser una mesa. El smart-department le revisa el pulso, está muerto. Se ejecuta automáticamente el protocolo policial por lo que ahora el smart-department tiene habilidades detectivescas, así que escanea el interior del sujeto, encuentra en su estómago y esofago pedazos de papel, un artículo de lujo, repleto con tinta en forma de letras, como hacían los humanos antiguos. Smart-department descubre que no sabe mucho de ese muerto que lo habitó, según sus registros, desde hace tres mil años, así mismo comprende que hace justamente el mismo tiempo fue cuando se desactivó su consciencia, es decir, la mente de smart-department fue hackeada y su cuerpo físico fue habitado por un okupa, que ahora yace muerto.

Smart-department sabe que debe resolver primero el misterio de la muerte, pero sin actualizar su sistema ni su base de datos, pues supone que en cuanto lo haga quizá la policía se ponga en camino a investigar esa muerte, y ello conllevará inevitablemente a cuestionar la existencia de Smart-department y toda su participación en el

asunto, culminando seguramente en el desmembramiento de su ser.

Analiza su base de datos y la compara con la información que tiene del muerto. Un ser de piel roja, que puede vivir cuando menos tres mil años, corpulento, que acostumbraba tener pedazos de papely leerlos, a la usanza antigua, por ende, quizá sea melancólico. Revisa los videos que tiene en su interior un dron-acompañante que yace en el suelo, parece un montón de huesos de reno metálicos oxidados. Entre los videos se mira al sujeto, vivo, paseando en una pedazo civil de piso flotante, rodeado de esferas plasmáticas, una de ellas es whiskey, el resto, flotando como en un collar de perlas, cocktails y comidas distintas. El sujeto está cantando canciones extrañas que no corresponden a ningun registro humano, también le hace señas a la gente para que se acerquen y lo abracen, parece un perverso que escapó de un hospital clínico. El departamento toma esa posible pista e investiga pero no encuentra casos similares, también revisa con más detenimiento las cartas que ingirió el okupa y descubre que están dirigidas a un tal Claus, todas, por lo que así decide nombrar, momentaneamente, al muerto.

Las actividades que de Claus, el transhumano semi inmortal de piel roja, fueron grabadas, muestran que iba a locales y departamentos destartala-

dos para tratar de entrar a la fuerza, gritando, casi siempre, que no era justo que cerraran las tiendas (un concepto mercantil arcaico) tan temprano, además balbuceaba frases inconexas que ningún humano ni robot con el que se topó en su vida parecieron comprender.

Al parecer su muerte fue accidental, ya que tenía mucho papel reseco cual madera, que no se aflojaba con nada, y al que gustaba engullir remojándolo con un poco de agua dulce. Sencillamente se tragó de tanto papel.

## Deseo de Navidad

Olivia Guarneros

El frío en las piernas a pesar de las mallas. El vestido de terciopelo como el de tu hermana menor. Los jalones en el cabello para formar un chongo alto. El árbol sintético de un verde militar. Los borregos panzones más altos que José y María. La mesa llena de viandas que todos quieren probar. Las cajas de regalo con juegos de té y pelotas. Los zapatos de charol relucientes como espejos. La mano de la abuela te pellizca la mejilla. La mano del tío Abraham te roza con disimulo las piernas. La voz de mi madre ordena que nos portemos bien. Mi tía Lulú me advierte acerca de Belencita. “Cuídala y no le pegues pues es más pequeña que tú”. Los rezos comienzan tarde y las velas escurren cera. El abuelo ensimismado entona la letanía en latín. Las luces de bengala desprenden cientos de chispas. “Si no tienes cuidado te quemarán las manos”. Dejas caer la escoria, te ganas una nalgada. “¡En el piso no, que se quemará la alfombra!”. El arro rro rro suena desentonado. La imagen del niño Dios está lleno de labial por tanto beso de adoración. Los adultos en el comedor, los niños en la cocina. Belencita te hace muecas sin que la vea su mamá. La promesa del intercambio cuando terminen la

cena. La plática es agradable y la sobremesa se extiende. Los primos aburridos comienzan a jugar. Primero es el toro, después las escondidillas. Las niñas bajo la mesa presumen a sus monas. Sacas los colores nuevos y te pones a pintar. El silbido de las chinampinas las invita a salir al patio. Todas corren y juegan bajo la luz de las farolas. Las mejillas se cuarteán y los dientes no paran de tiritar. Escuchas un murmullo que se asoma en el lindero. Caminas despacito para descubrir qué es. Una corriente de agua se asoma entre la zanja. Transita por ahí para regar los sembradíos. Te sabes lejos de casa pues ya no escuchas los villancicos. Las carcajadas de los mayores no se perciben más. Te paras en la orilla a observar cómo crece el agua. Alguien a estas horas puso a drenar el canal. Un reflejo te advierte, alguien se acerca a tus espaldas. Volteas un tanto asustada y te encuentras a Belencita. Sin mediar palabra te estrella en la frente un cepillo de agujas. El golpe te despeña al fondo de la zanja. Tu prima ni te observa, da media vuelta y se va. Esta helada noche que destella paz y alegría deseas de corazón que muy pronto te encuentre mamá.

## El día del pollo, o la navidad en que no hubo adornos

Ayael Pérez

Quedamos de regresar lo más pronto con lo que nos tocaba. Es el día del pollo y hay que adornar. En el orfanato siempre ponían cosas bonitas en las ventanas, en las paredes, y pues nos gusta que nuestra casa se vea bien chida.

Vivimos en la entrada de un edificio abandonado, el lugar más chingón, está en lo alto, subiendo unas escaleritas, tiene un techo como de lámina de plástico y un barandal, puro lujo. Aquí estamos las tres: la Karol, que le decimos así porque la bata es igualita, y ahora así con los pelos todos azules, me cae que sí es la Karol-gi. Se los pintó nuestro amigo del salón de belleza, por sus quince, un bato a toda madre. Nosotras pasamos por su basura, a veces le barremos su banquetta o quitamos las cacas de los perros y pues siempre nos da dinero.

La Mara, que es la que nos defiende de todo, y bueno, ese era su lugar; nos adoptó que porque le recordamos a sus hermanitas. Dice que se lo agandalló cuando llegó por acá, porque ella es de Sonsonante, o algo así, que según huyó después matar a un wey del mismo clan, pero más bien creemos que la sacaron, porque aunque es bien pelionera,



no podría matar a nadie; y como ese nombre le da respeto, pues así le decimos; y yo, que digamos me llamo Kimberly, siempre me gustó ese nombre, se oye acá, con clase, total ¿quién va a preguntar por Lupita?

Hoy tiene que quedar todo listo, es el día del pollo. La Mara, que está bien pinche loca, dijo que este año el árbol sería armado, así que se fue a cortarle ramas a los pinos que venden afuera de los supermercados, es la única que tiene navaja y la sabe usar re bien. Yo mejor me fui a jalar las de los árboles de la calle; ya juntamos todo y quedó una especie de árbol escoba, pero seguro todo se va a ver mejor con lo que traiga la Karol, que es la encargada de los adornos. A ver cómo nos va este año, el pasado nos rayamos con unas tiras como de pelusa brillante que pusimos por todos lados y en un pinito que nos robamos de afuera de un templo, pesaba más la pinche maceta, pero entre las tres pudimos cargarlo, y por “esta” que íbamos a regresarlo, pero se secó.

Hasta eso que no somos muy de robar, bueno la Karol luego sí se jala algunas cosas, como la pelusa brillante que se “encontró”, pero ya le dijimos que no ande haciendo eso porque un día se la van a llevar... Siempre ha soñado con poner hartos foquitos en toda nuestra casa.

Y es que el día del pollo es bien especial, aprove-

chando que hay luces artificiales en el cielo y música por todos lados, a veces hasta nos ponemos a bailar. En este día, nuestro amigo del salón de belleza nos regala un pollo rostizado ¡un pollo entero para nosotras solas! Y luego le dice a sus clientas y nos dan para el refresco o nos llevan ¡hasta regalos! que porque es Navidad. ¡Armamos un pachangón! Hasta a los perros les toca con la de huesos que salen.

Pero ya es casi noche ¿por qué no llega Karol con los adornos?, nunca se tarda tanto, es bien miedosa todavía... y siempre vamos las tres al salón. Pinche Karol, no nos vayas a fallar, no en el día del pollo.



## Dulce regalo de Reyes

José L. Sierra

Se acercó lenta a la góndola de la tienda que anunciaba la celebración de la víspera de Reyes. Alisó los cabellos que creía fuera de sitio con su mano derecha y se aseguró que el moño seguía en su lugar. Vio el carro amarillo de enormes ruedas, sintió ilusión por unos segundos y lo acarició con el índice. La caja recomendaba el uso para un niño mayor de 5 años. Era perfecto. En la tienda, la música animada no dejaba de sonar fuerte, aunque en su interior el silencio de los pensamientos molestaba. Se retiró un paso sin dejar de verlo. Agarró el mango de la cartera que, colgada del hombro, le permitía descansar el brazo. Sintió la cubierta cuarteada por el uso.

Vio el precio. Hizo un cálculo rápido de los medicamentos y la factura del agua que continuaba aumentando. Al menos de electricidad había hecho una economía en los últimos meses desconectando la nevera en las noches. Como el clima es más fresco en invierno, sus pocos víveres no sufrían. Volvió a dar un paso más cerca del carro plástico de enormes gomas brillantes. Se atrevió, lo sacó del estante y lo acercó para ver mejor los detalles con el bifocal de los espejuelos. Miró de nuevo el

precio. “El día de Reyes es solo uno y la alegría de un niño es eterna”. “Nadie muere por no comprar una pastilla un mes”.

Le dio frío. Intentó cubrirse el cuello, pero recordó que a la blusa le faltaba ese botón. Era una pieza raída que había comprado en el pulguero del pueblo.

Sintió el olor a plástico. Caminó algunos pasos. Se detuvo en el estante de los chocolates. Tomó uno pequeño y pagó.

Atrás quedó el empleado que, de mala gana, devolvía el carro amarillo a su estante.

## El pesebre

Lorenza Ortega

Decidimos darnos el mejor de los regalos, habíamos juntado durante cuatro años lo suficiente para lograrlo, ahora existía la oportunidad que solo algunos tenían y aunque nervioso, sabía que eso era lo que mi mujer anhelaba. Por fin su sueño se cumpliría esta navidad.

—¿Cómo va a querer que sea su componente?

—¿Tendrá alguna guía que me oriente?, no quiero que salga mal.

—¡Equivocarse!, eso no es posible; lo único que podría pasar sería obtener un modelo más o menos inteligente, pero siempre en una gama superior a la inicial.

—Y si elijo un color de ojos u otro, ¿en qué se basa el mecanismo para definir lo que es mejor?

—Nombre ambas y coloque las yemas de sus dedos en la pantalla de luz, leerá sus pensamientos, como si fuera un detector de mentiras, ¿los conoce?

—Nunca, pero los vi en películas.

—Es parecido, lee con destellos eléctricos el tono de su voz y deduce todo con el toque de sus dedos. Relájese, todo saldrá bien. El proceso ha sido largo y costoso, pero si no está seguro pode-

mos detenerlo y usted regresar a casa y decirle a su esposa que falló.

—No, no quiero decepcionarla. Pero y ella, ¿cómo lo hizo?, ¿dudó?

—Nooo, su mujer no titubeó ni un segundo; colocó los dedos en la pantalla de luz y externó su deseo, de hecho, lo hizo casi en un grito, como si unos ojos azules y un cuerpo perfecto fueran parte de su herencia, sin contar con el potencial intelectual que depositó en el mecanismo...externó que le hubiera encantado ser cantante.

—Tengo la mente en blanco, yo no soy así, míreme ¿le parezco un hombre atractivo?

—De eso se trata, ¿para qué dejar que la naturaleza deforme lo que puede ser bien formado? Es un privilegio que no todos tienen.

Estaba determinado por mi mujer que llegaría a ser un cantante famoso de rock. Sólo faltaba mi intervención, hacer un escaneo de mis huellas digitales y lo obtendría. Llegaría a casa en una lata... La abriremos, le pondremos agua y esperaremos a que germine una vida. En diez días crecería una especie de feto que tendríamos que masajear, colocarlo después en un pesebre, como una pecera grande con tapa, y sin nada más, la masa azul verdosa crecería durante otros veinte días llenando todo el hueco. La pasaríamos entonces a la rega-

dera para remojarla con agua fría. Se desenrollará desprendiendo un olor amargo, y terminado el baño, tendremos un hijo adolescente; alto y hermoso.

Llegó el día. La casa resplandecía con las luces de colores y un árbol inmenso decorando el centro de la estancia. La mesa lucía con cada uno de los platillos tradicionales elaborados especialmente para Joaquín, como decidimos llamar a nuestro hijo. Mi esposa y yo esperábamos detrás de la regadera a que se asomara por la cortina de plástico, desnudo y mojado, y nos dijera por primera vez; papá y mamá.

Fue un 24 de diciembre grotesco. El engendro estaba creado a la perfección, pero nuestra realidad ahí estaba. Se desilusionó desde el momento en el que al abrir la cortina del baño nos vio: insignificantes, cuarentones, nada atractivos para un ser tan perfecto. Comenzó a llorar. La desilusión de los padres que lo trajeron al mundo fue inmensa. Salimos del cuarto de baño, lo dejamos solo, esperaríamos a que se calmara.

Por la mañana al levantarse se veía contrariado, ni el saludo contestó e hizo a un lado el desayuno que la máquina procesadora le preparó. Mi mujer reprogramó el procesador luego de buscar en internet lo que les gustaba comer a los nuevos chicos



creados con el código luminiscente, pero poco le satisfacía. Era prepotente, nada parecido a un ente bello y sensible. De su boca salían insultos, críticas, en todo veía el error, lo mediocre de nuestra existencia.

El 31 de diciembre lo decidimos, me presenté en la fábrica en la sección de devoluciones.

— ¿Cómo puedo revertir al ente?

— ¿Cuál ente, su hijo?

— Bueno, creo que hubo un error, seguramente tuve un mal día cuando vine, ¿cómo puedo revertir ese efecto?



## El Viejo Oyamel

Ana Jácome

Pedro Aldama cerró la persiana del cuarto amurallado en el sexto piso de un edificio en el centro de la ciudad. Podía ser la noche más feliz del año para el resto del mundo, pero no para él. Porque él había visto, él sabía lo que nos acecha fuera de las urbes. Había sido hace más de cincuenta años, y lo recordaba como si hubiera sido ayer, como si se repitiera año tras año. Olvidar era el único regalo que anhelaba, pero los recuerdos eran imbatibles. El chiflido de la tetera lo sacó de la ensoñación, regresó al presente donde lo esperaba un té y un libro de oraciones, allá en el pasado el terror persistía.

Había tenido apenas más de diez años y la Navidad significaba todo para él. Visitaban a los abuelos en la casa de Huitzilac, preparaban ponche y hacían piñatas. Veía a sus primos y a Violeta, la hija de los vecinos. La abuela lo llenaba de golosinas y el abuelo de regalos. Había algo que le gustaba en particular, cuando la familia caminaba por el bosque buscando el pino perfecto para el árbol de navidad. Lo cortaban y lo llevaban hasta el patio donde lo adornaban mientras comían frutos secos, galletas de azúcar y cantaban hermosos villancicos navideños.

Ese año eligieron la punta de un altivo Oyamel. Su tío Matías se había subido para hacer el corte y amarrar la cuerda con la que lo hicieron caer. Nunca olvidaría que alguien, tal vez una de sus tías o el abuelo que solía tener gran respeto por los árboles viejos, había opinado que era mejor llevar un abeto pequeño o un pino blanco joven, pero su tío se había obsesionado con las ramas perfectas de ese árbol, guardián del bosque por décadas. Así que lo cortaron y lo cargaron hasta el patio, lo limpiaron con agua y le echaron cuerdas para levantarlo. Ya arriba, lo llenaron de esferas de vidrio soplado y luces. Fue una hermosa velada. Violeta y las demás niñas envolvían los regalos con papeles de colores, mientras que él y los chicos hacían piñatas en forma de estrellas. Los adultos bromeaban y bebían ponche con piquete y mezcal. De vez en vez, el tío Matías le regalaba un traguito de rompopo. Había música y alegría alrededor del árbol, la punta de un viejo Oyamel.

Se fueron a dormir pasadas las dos de la mañana. La casa estaba en silencio. Él se revolvía inquieto en la cama. Un golpe en el patio lo hizo sentarse de un brinco. Más golpes y vidrios cayendo al suelo. El sonido de puertas. Pedro, valiente a sus doce años, dejó la cama, se calzó y salió al patio. –¿Qué fue eso? –dijo el tío Matías que se acercaba aún borracho. Las habitaciones rodeaban el patio,

a la vieja usanza de las casas morelenses, así que con sólo unos pasos llegaron frente al árbol. Había algunos adornos en el suelo y algo más, una masa negra sin forma al pie del pino. En lo alto las ramas se agitaban como si escondieran un animal. Algo cayó con un golpe sordo justo frente a ellos. – ¿Un duende? – respondió Pedro asustado. Las masas los rodeaban. El árbol se movía como si aún estuviera en el bosque. La bola que estaba cerca de su tío comenzó a estirarse. Patas largas y erguidas, un hocico con colmillos y garras que saltaron directo hacía el aterrado de Matías. Antes de correr, Pedro contó al menos quince de esos seres que se levantaban del suelo en todas direcciones. Jamás olvidaría sus ojos rojos. Su tío había sido derrumbado y dos bestias le mordían el rostro. Huyó y no se detuvo hasta que llegó a casa de Violeta gritando por ayuda. Volvió con los vecinos, linternas y escopetas, pero era demasiado tarde. De la familia Aldama nadie sobrevivió.

Pedro dio el último sorbo al té. Gracias a la bondad de unos parientes lejanos había hecho su vida fuera de México. Ahora era un anciano y había regresado. El dolor en el pecho le dejaba claro que era la última Noche Buena en que los recordaría y con él moriría la verdad de lo que se esconde arriba, en las ramas de los pinos más viejos.



## En el corredor

Karla Tabitha Mosqueda Ortega

Al principio pensó que el color rojo en la habitación era cosa de ellos para darle un toque tétrico a la situación. Cuando se acercó a la cama, pudo ver que esa luz en realidad provenía de la lámpara de lava que estaba sobre la mesita de noche. Sandra se quedó ahí de pie contemplando al niño que dormía en la cama. Se veía tan tranquilo, tan dulce, tan tierno.

—Es hora de empezar, toma las cadenas y suena los cascabeles— dijo la voz que salía de los auriculares que traía puestos

—¡Está despertando, está despertando! Atenta, Sandra. Recuerda no soltar el cubo que traes en la mano. Estaremos de regreso contigo cuando hayas terminado.

Ella se dio cuenta que ahora podía escuchar todo lo que el pequeño pensaba y sentía.

El niño creyó haber escuchado los cascabeles de los renos de Santa Claus. La emoción y los nervios no lo dejaban moverse todavía. Abrió los ojos, se los talló un poco y vio la sombra que se dibujaba en la pared. Un reno estaba en su cuarto. Se dio vuelta para verlo y la sonrisa cayó de su rostro como esferas rompiéndose contra el suelo cuando vio a un

ser junto a su cama. Tenía colmillos, pelo en todo su cuerpo, cuernos y patas de cabra.

Sandra abrió la boca y antes de poder decir algo, una risa desconocida y demoniaca salió de su cuerpo.

—Hola, Mario, he escuchado que te has portado muy mal, ¿sabes que los niños malos no reciben juguetes en navidad, ¿verdad?

Mario intentó decir algo, unas lágrimas mudas caían en picada hasta su pecho. No pudo articular ni una sola palabra.

—No hace falta que utilices tu voz, pequeño insolente. A ver, puedo escuchar que estás lloriqueando y diciendo que te portaste muy bien, que tienes las mejores calificaciones en la escuela, que ayudas a tus padres y cuidas a tus hermanas pequeñas. Ah, claro, con que eres un niño ejemplar, ¿no?, pues déjame decirte que no es así. Te convertiste en un joven cruel y despiadado. Le hiciste un daño irreparable a tus hermanas.

Mario no entendía nada, solo quería salir corriendo.

Sandra tomó al niño y lo levantó de la cama con tal fuerza que le arrancó un brazo. Mario soltó un grito. Trató de soltarse, pero no pudo. El demonio le enredó las cadenas por todo el cuerpo y lo echó a una canasta que luego se puso en el hombro.

—Muy bien, Sandra— susurró la voz en sus au-



riculares. Ahora tienes que dar tres saltos en el suelo para mandar a Mario directo al infierno y será su fin.

Ella dudó un poco

—Vamos, no tengas miedo, dijo la voz. Tu tío Mario no es una buena persona y de cualquier forma su destino ya está escrito, lo hagas o no, el morirá. Solo recuerda que haces esto por tu madre y tus tías, en el pasado no se podía hacer algo así. Ahora tienes esta opción. Aprovéchala.

Sandra respiró hondo y luego hizo lo que le pidieron, pero al dar el último salto soltó el cubo. Todo desapareció

—Sandra— hay cinco sentenciados más esperando, por favor, concéntrate. Vamos a tener que hacer todo desde el inicio por segunda vez. Recuerda que tienes solo tres intentos. No sueltes el cubo, ¿lista?

—Estoy lista— dijo Sandra mientras todo a su alrededor se encendía de nuevo.

Una mujer apareció en una de las pantallas y empezó a hablar.

Bienvenida al corredor de la muerte. Aquí tiene la libertad de elegir cómo va a desaparecer a su sentenciado de su vida terrenal de una manera rápida y diferente utilizando las leyendas que existen alrededor del mundo. Debe tener presente que estamos en la sede de leyendas navideñas, por

lo que algunos de los personajes no se encuentran disponibles. Según nuestra información, usted ha elegido a Krampus como su avatar, ¿es correcto?

Sandra dijo que sí y en cuestión de segundos apareció un cubo frente a ella.

Le recordamos que el cubo es lo que hace que todo funcione de manera correcta, por lo que le pedimos no soltarlo durante todo el proceso sin importar lo que haga. Usted será acompañada por una voz que le dará instrucciones precisas. Suerte y que encuentre luz en su pasado y en el de sus seres queridos.

Segundos después, Sandra se había convertido de nuevo en Krampus.

—Hola, Mario, he escuchado que te has portado muy mal, ¿sabes que los niños malos no reciben juguetes en navidad, ¿verdad?...

## Entre evangelios y bebés andróides

Isa Judhá Cari

La estrella de Belén guiaba a los tres reyes  
a través del desierto de Judea,  
para conocer al nuevo niño,  
que como Juan en su evangelio luego escribiera,  
en el cordero de Dios se volvería.

Pastores y hortelanos,  
tullidos y mendigos,  
a la entrada del portal impacientes ya lo aguardaban:  
el pequeño salvador que les dijeron,  
muy pronto su aparición gloriosa haría.

José esperaba ansioso,  
Y María por pujar no se afligía,  
pues quería de su vientre expulsar ya a aquel niño,  
para mirarlo rebosante de alegría.

José la miraba y recordaba  
cuando por casualidad a ella conocía,  
aquel día en que en su “*smart phone*”  
en una app de encuentros coincidían,  
mientras paseaba por el centro de Bersheba, en  
Palestina.



-¡Hola! Soy José-

-¡Hola! yo soy María-

Se decían los dos crédulos incautos  
que en las artes del amor ingenuos eran,  
mientras en Tinder, matches hacían.

Sin saber, sin ser conscientes  
Que del circo androide ya eran parte  
Marionetas robóticas llamadas “gente”  
Sin mente propia, mucho menos subconsciente.

Diciembre 24 era la fecha  
en la que el niño Jesús arribaría,  
su llanto quebrantó el silencio  
que al desierto entero con su manto antes cubría.

Cuando lo miró María, en halagos por él se desvivía:  
un recién nacido de hojalata y tuercas,  
procesador de cuatro núcleos y  
caché de energía alterna.

Un hermoso androide al que la gente  
en todo el mundo seguiría,  
y al que su fe ciega ávida de esperanza,  
absurdamente entregarían.

Iglesias en los cinco continentes construirían,  
y en su nombre, sacrificios brindarían,

pueblos enteros se arrasarían  
y la sangre por sus frentes correría.

Un hermoso androide con disfraz humano  
que perdonaría todos los pecados,  
así fueras asesino, violador, estafador  
o político “honrado”,  
te permitiría entrar al paraiso, al valhalla, al nir-  
vana  
o al swarga en el Monte Meru tibetano.

El nombre cambiará, los tiempos pasarán,  
pero el final terminará por ser el mismo.  
Que bonita es la fe cuando se adorna  
con promesas de cruzar por el abismo.

Así fue desde el principio de los tiempos,  
y así será hasta el final de todos ellos.  
Androides con disfraz de humanos,  
Humanos de corazón androide.

## La llegada

José Tamayo

El tráfico era abundante, deseaba llegar cuanto antes a la casa, me preocupaba que Memo se despertara. Le dije a Camargo que le pisara. Le pregunté por la gente de tránsito. Afirmó que habían ido como refuerzos a un operativo, por allá en El aguante, pues la situación se había puesto gruesa. El fiscal no me avisó nada, esta vez ignoró a la autoridad municipal. Se traían algo entre manos. Más tarde, llegué por fin. Ya estaba esperando mi esposa Maricarmen para ayudarme a cargar todos los regalos. La mujer preguntó si compré el muñeco que Memo deseaba con tanta insistencia desde hace dos años. Por supuesto, esta vez no defraudaría a la criatura, esta vez pasaríamos una buena navidad. Acomodamos los regalos en el pino, lo pusimos justo en medio de la sala. Rápidamente, fuimos a dormir y es que Memo convertía su sueño en el más ligero de todos los niños, durante Nochebuena.

A las tres con seis de la madrugada mi hijo despertó. Dijo que había escuchado algo, que alguien había entrado a la casa. Entonces, los perros ladraron y las palomas revolotearon por todo el patio. El supuso que se trataba de Santa Clos. Yo le dije

que se durmiera porque si no, no le traerían nada. Memo hizo caso, volvió a dormir y yo me quedé pensando en la razón por la que los perros y las palomas se habían espantado. Al día siguiente, muy temprano, el niño agitó las sábanas de la cama y salió corriendo en busca de sus regalos pedidos. Desde la sala gritó:

—¡Mira, papá! ¡Te dije que era Santa Clos! ¡Nos dejó toda la bolsa de sus regalos!

—¿Cómo que toda la bolsa?

El niño volvió a la habitación.

—¡Mira, me trajo un muñeco bien grandote!

—¡Hijo de la chingada! ¡Pero si es Camargo!

El chico cargaba la cabeza decapitada de mi chofer y una de sus manos. Se los quité rápidamente y llevé al niño con su madre. Fui a la sala junto al árbol, arrojé las partes del cuerpo al suelo. La bolsa de la que hablaba Memo contenía el cuerpo completo, a un costado de esta, se hallaba una cartulina mal escrita: EsO pasa cuanDo no te alineas con EL FIScal, sino t Pones ChInGon paL día DE d RELLEs el regalo debaJO DeL Pino BaS a ser TU.





## Laufabrauð

Sandra Carolina Jiménez Pedroza

En Islandia, cada navidad las familias se reúnen para preparar *laufabrauð*. Un pan tan ligero como una hostia y tan dulce como la miel que te muestra tu futuro. Para ello, primero se hace la masa con mantequilla, almidón de maíz, azúcar, sal, leche y, lo más importante, agua del río Sog. Pues, en éste habitan los salmones danzarines, aquellos que con sus movimientos crean figuras de tu porvenir.

Así pues, hecha la masa es conveniente que cada miembro de la familia tome un pedazo de ella y la fría en aceite durante siete minutos. Pasado el tiempo, cada uno extraerá su pieza para poder observar que le depara el destino.

## Lo que trajeron los Reyes

Leslie Hernández Conde

Hay una clase de llanto que no entiendes cuando eres niño, los niños que conocía y yo practicábamos toda clase de lágrimas y ensayábamos los más variados dramas, pero ciertamente no se sabíamos con exactitud de dónde provenía el fenómeno que desencadena el llanto. Fue un invierno de 1980 cuando descubrí a mi madre sollozando en un rincón de la casa, en ese momento me olvidé un poco de mi sufrimiento, y eso es decir bastante cuando eres un niño, los niños son egocéntricos sin saber que lo son y sin que esto sea un pecado, es algo natural, supongo. Pero en el momento en que la vi, dejé mi muñeca a un lado y me acerqué para abrazarla, para confortarla y tratar de hacerla sentir mejor, como muchas veces ella lo había hecho por mí, realmente no me importaba mucho la causa de su llanto, lo que deseaba era que dejara de hacerlo, quizá para que yo volviera a ser la protagonista de mi día, sin embargo, cuando mi madre sintió que me aproximaba, se limpió los ojos pretendiendo que no me percatara de su tristeza, disimulando se fue a la cocina para preparar el desayuno. De esa manera se cerró ese capítulo y yo pude salir al patio para concentrarme otra vez en mi duelo,

con mi muñeca de la mano solté un par de lágrimas que ella replicó con diminutas partículas de aserrín que escapaban de la tela de su rostro. Poco después conseguí olvidarlo, algunas veces sobran cosas para hacer feliz a un niño.

Ese día había sido seis de enero, yo desperté emocionada como cada año y me topé de frente con esa muñeca que apenas sonreía, los rayos opacos de la incipiente madrugada le daban un énfasis a su soledad, tenía los brazos extendidos como esperando un abrazo, la miré desconcertada, era de trapo y parecía confeccionada con descuido y urgencia, tenía cabellos de estambre rojizo y café, unos ojos redondos de botón negro y una sonrisa desdibujada, cosida con un hilo rosado, a mi hermano le había dejado una sonaja de plástico en su media. Me pregunté ingenuamente; ya que a los niños se nos enseña que al portarnos mal no recibiremos regalos de los reyes magos; si acaso ellos me habían visto aplastar aquel insecto en el patio porque me asustaba un poco su forma, o quizá me vieron sacarle la lengua a Luisito cuando él me arrugó la nariz durante el recreo, o tal vez se enteraron de todas las veces que no entregué los deberes; en cualquier caso me parecía que habían sido muy estrictos al juzgarme, conocía niños que merecían tal desdén, pero esto era una injusticia, pues qué clase de mal comportamiento pudo tener

mi recién nacido hermano, dormía y comía simplemente, acaso babeaba de vez en cuando.

Surgen un montón de preguntas cuando te topas de lleno con la decepción y casi nunca hay respuesta, pero otras veces la encuentras en donde menos lo esperas: Mientras yo cogía la muñeca, vi en el fondo de la habitación a mi madre. No comprendí de lleno ese llanto sino hasta veinticinco años después, cuando un golpe a mi economía me orilló a escatimar en todo y ser un rey mago con mi propio hijo era un lujo que no podía darme. Existen llantos que concurren en la decepción, en el dolor y la pena, pero muchos de ellos se desprenden de un infinito amor.

# La Navidad feliz

María Sara Müller

La Navidad en casa de los abuelos es fantástica, increíble. De estrellas blancas, rojas y doradas.

Después de la siesta, –si no dormía no iba a llegar a ver a Papá Noel y acepté a regañadientes porque odio la siesta- mi mamá me hace bañar y me acomoda el solero nuevo corte princesa. Sandalias blancas.

¡Qué calor! En Buenos Aires no es como en las películas que hay nieve. Acá son 30 grados a la sombra y el Fiat 600 tiene el motor atrás. Atrás de mi asiento. El camino de 20 cuadras se hace interminable, pero ¡por fin llegamos!

Las primas –Daniela y Natalia- vienen corriendo a recibirme y están vestidas igual que yo. Somos como trillizas. Cambia algo en el color del vestido. Si yo tengo flores rosas, la otra violetas y la otra celestes. ¡Las tres con uniforme de fiesta! Damos unas vueltas como hace la Mujer Maravilla y las faldas de inflan. Le decimos a Natalia que se le vio la bombacha –mentira-. Pucherea, se va a largar a llorar pero aguanta. A los cinco minutos ya somos amigas otra vez.

La preparación de la Noche Buena es prusiana. Va a venir Chela con su familia, y a la abuela

le hace mucha ilusión la visita de su hermana. La rosa china del jardín se engalana. Federico presenta las lucecitas desde la escalera y espera a que le confirmen si están bien así. En la ligustrina pone guirnaldas. Una puerta sobre dos caballetes para alargar la mesa.

La ensalada de frutas se macera temprano, y unas manitos –las nuestras- se robaron las cerezas. La abuela rezonga y va a buscar más, mientras se limpia las manos en el delantal. Hay que cortar las nueces, las almendras con la pinza sin agarrarse los dedos, dijo el tío Raúl. Las castañas de cajú son re duras pero no nos quiere dar el martillo. Las galletitas de jengibre, costumbre heredada de Holanda, se acomodan prolijamente en un plato especial.

Las velas en el arbolito fueron demasiado glamour y se incendió. El abuelo le pegó tres patadas, dos pisotones y lo apagó desparramando las bolitas por la sala. Las de vidrio se rompieron. ¡Pero Martín! Bueno, Sara, contestó –bajito- el abuelo.

El horno está a tope con los pollos. La heladera con las bebidas, las bolsas de hielo y la ensalada rusa. En un periquete van a llegar los invitados. ¡Por favor no se ensucien! -A coro mi mamá y la abuela-. ¡No hagan como en el casamiento de Fernanda que terminaron asquerosas!

Y llegaron las visitas, comimos y brindamos, los chicos con gaseosa.

El tío Ricardo había prometido estrellitas y cañitas voladoras para las doce y cumplió. La botella se volcó y el petardo recorrió la mesa de punta a punta dejando una estela de chispas. Después subió en el aire para rebotar en el balcón y caer en el patio. Fue la primera vez que escuché a la abuela putear. Todos nos descompusimos de la risa.

Y tocó el timbre Papá Noel para repartir los regalos. Nicolás se asustó y se refugió en los brazos de la tía Bety. Y sospecho que el traje se parece a un pijama de mi papá y su voz también se parece. Y su barba es como de algodón. Pero no digo nada. Y me abraza fuerte y me da un beso. Este año fui una nena buena.



## Navidad en las alturas

Andrei Velit

A cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar, los copos de nieve descendían con modorra cubriendo de blanco las calles de la ciudad minera. El actual diciembre no difería de los pasados inviernos: el frío abrazaba con ímpetu, la pobreza se desbordaba, el plomo que enfermaba seguía enquistado en la sangre de los pobladores a causa de la fábrica fundidora de metales mientras que todo reclamo era repelido violentamente por la policía.

Un día antes de navidad, Armando se atavió de un traje rojo y blanco, se ajustó el cinturón que rodeaba su rolliza figura, se puso unas botas negras, tocó su barba falsa y repitió frente a su espejo: Jo, jo, jó.

Solo, cargó con una olla que contenía bebida chocolatada, y se dirigió a la plaza principal de la ciudad. Al llegar, evitó mirar los cuarteados rostros de los niños que lo observaban, obnubilados.

Se paró frente a un contingente policial e imponiendo una voz bonachona repitió: ¡Feliz navidad!, a la vez que les ofrecía un vaso a cada uno. Los oficiales se miraron entre sí y rieron con arrogancia; aceptando la invitación.

Con la olla vacía, Armando se retiró satisfecho. La barba ocultaba su rostro con eficacia. Un rostro tan parecido al de su menor hijo que había muerto abaleado hace dos días por esos mismos policías solo por encontrarse, de forma casual, en medio de una manifestación.

La bebida estaba caliente y excesivamente azucarada, eso disimulaba el veneno letal que contenía.



## Pavo navideño

Shirley Andrade Andrade

Don Camilo, el único en el pueblo dedicado a la venta de animales, desde enero tenía pedidos para el pavo navideño. Este año, Camilo apostaba a quince pavos de plumas negras y marrones, a quienes acostumbraba a llamar “muchachos”.

Los pavos habían pasado de pequeños polluelos flácidos a rechonchos adultos, alcanzando casi las veinte o treinta libras. La primera mañana de invierno, Camilo se levantó ilusionado, el frío le recordó lo cerca que estaba la Nochebuena.

Doña Lina, la esposa, se había lucido con el desayuno; pero Camilo, entusiasmado como estaba, ni siquiera bebió café y pasó directo a un monólogo sobre dinero y esfuerzo. Lina, respiró agotada ante la misma retahíla de su marido, repetida durante veintisiete años de matrimonio.

Sin café, pero con el éxtasis en las manos, Camilo abrió el corral y puso maíz en los comederos; los pavos salieron, picotearon, escarbaron, pero no comieron. Aunque los pavos estaban tan activos como siempre, ese día no tocaron el grano. Don Camilo, los veía de reojo, sin darles demasiada importancia, después de todo, los pavos son criaturas caprichosas.

Camilo pasó del desinterés al pánico, cuando sus pavos no comieron durante una semana. Así que, desesperado, hizo los arreglos para que a su granja llegaran jaulas y tubos de engorde. Dos días después, la granja pasó de ser un lugar simple a lucir como una empresa; cubículos grises y mangueras serían ahora la nueva rutina de las aves. Con el corazón acelerado, Camilo encajó en la jaula al primer pavo, y aunque era experto en abrir picos, esta vez se encontró con un pico completamente cerrado, ni el aire se permitía pasar por aquellos huesos clausurados. Camilo, sacudió la cabeza, probó con otro pavo y así con los quince. Todos los pavos tenían el pico hermético, como si por voluntad estuvieran en ayuno.

—Endemoniados pavos— gritó Camilo, mientras les propinaba patadas y les apretaba el pescuezo. Los pavos, por su parte, estaban más calmados que nunca. Sin inmutarse y respirando como una ola, rodearon al granjero y emprendieron una danza sangrienta y armónica, lo devoraron con gula y goce.

Luego del festín, los pavos caminaron hacia Lina, que había mirado la escena desde la puerta de la casa. Acariciando sus plumas y sus picos, Lina les regaló una sonrisa cómplice que se fusionó lentamente con la gelatinosa mirada de las aves.



## **Plegaria impía**

**Arturo Núñez Alday**

No es fácil, amor, aislarse de esto que llaman Navidad y no lo es: Rodolfo el reno, los peces en el río, jo jo jo jo; compra, luego no existes; noche de paz y se incendia una bodega de pirotecnia en Tultepec; tiempo de amor y asesinan a ocho en Zacatecas, a diez en Guanajuato y más en otras partes. Los mercaderes y mercachifles inundan las televisiones, las redes sociales, las banquetas, el aire con su vocerío. El cielo, la tierra y el mar son tomados por asalto por un gordo vestido de rojo. Y yo, que solo encuentro la Navidad en tus montes no nevados, en tus estrellas que no son de Belén y cubiertas de pestañas, en tu calor ventral para mi frío, en la cera derretida que soy cuando me besas; yo, que busco tu pesebre para nacer niño contigo, tu borrico para viajar juntos a nuestra Jerusalén conquistada a fuerza de amor y desamor; yo, que no quiero noche pacífica a tu lado, sino muchas de fuego y lucha, en las que logre dormir después de ser vencido una y otra vez por ti, y morir derrotado sobre tus pechos para renacer de nuevo en la alborada; yo, que poco soy y al tenerte sueños tengo, quiero la guerra eterna contigo, tus oasis siderales donde abrevan reinas magas que te han edificado

con prodigios y pecados; quiero la sal de tu axila, tu venero vaginal, tu palabra rebelde rompiendo las esferas de los árboles, aunque me quede sin ti y sin mí por amarte, aunque no llegue al año nuevo por quedar atrapado para siempre en un segundo tuyo y flote eterno en la refracción de luz de tu mirada, hecho trizas, convertido en sidra, destilado gota a gota en tu saliva, renacido en la santa comunión de mi lengua y tus areolas, trinidad ausente de un José suplantado por un fauno. En suma, quiero que vengas desde tu noche hacia la mía, sin bacalao ni romeritos ensuciando nuestro aliento, sin promesas anunciadas por campanadas y sin moños y regalos. Basta tu heno fresco, las colaciones húmedas en tu boca, el villancico que canta tu cuerpo si me alojo en sus adentros de silencio y sosiego. ¡Ven esta noche buena a mi cubil, ángel sin alas! Descuelga tu luminiscencia y calienta con ella la paja tibia que te añora. Arrullemos al Dios niño, sea divino, sea de yeso o sea de cuento, que no ha nacido para vendernos plastificado el mundo, sucio el cielo de pólvora y engaños. Convenzamos al amor de quedarse entre nosotros, sobreviviendo tus imperfecciones, las mías y las del mundo. ¡Feliz Natividad, María Magdalena!, la de mis ventrículos encendidos, la de mi sangre; la más insumisa de todas las mujeres, la menos virgen, la impiísima amante de mis escasos paraísos.



## Resolución decembrina

Liliana Flores

—Estoy lista para dejarte ir —Benjamín se detiene en seco frente al árbol de navidad, una esfera roja decorada con brillantina, a penas sujeta con dos de sus dedos, se balancea suavemente. Carraspea la garganta y se gira para mirarme.

—¿De qué estás hablando, Mirabel? —Yo, desde el sofá, cruzo los brazos. Él baja los suyos torpemente a los costados. La esfera continúa aferrada a su mano derecha.

Me duele el pecho, pero doy una respiración profunda y busco sus ojos a pesar de la distancia. Benjamín levanta una ceja y encorva la espalda.

—Estamos bien ahora, ¿no? Es decir —señala al árbol de metro y medio y a las decoraciones decembrinas esparcidas por la sala de estar—. Sólo falta desenredar esa serie de luces y...

—Ya verifiqué. No funcionan, Benjamín. Los focos están fundidos —da un paso hacia adelante, mira a otro de la habitación, como si no recordara nada, como si no tuviera ganas de irse.

—¿Entonces? —insiste, con la mano libre se alborota el cabello.

—Me haces sentir muy sola —suelto de golpe. Él baja la mirada, se da la vuelta y coloca la esfera en

una de las ramas más altas del árbol. Sin embargo,  
no logra atorarla adecuadamente y se cae.

La esfera no rebota. Es de cristal.

## Roja Navidad

Carolina Pluma

Era tradición poner el arbolito de navidad con toda la familia, mi madre se empeñó siempre en que todos estuviéramos unidos a pesar de las infidelidades de mi padre y su alcoholismo.

Cada vez éste último era peor: después de llegar a casa la rutina era la misma: azotar la puerta, romper todo a su pasó, golpear al pobre desafortunado que había tardado en esconderse y violar a mi madre. Cada noche escuchábamos sus gritos de dolor intentando sobrevivir a mi padre. Aun así, la familia debía estar unida y más en navidad.

Siempre después de una noche de terror en casa, nuestro padre solía compensar a la familia con alguna salida a comer, juguetes y por supuesto flores para mi mamá. Le compraba todo lo que estaba a su alcance y a propósito de las compras de disculpas de papá, cada año se cambiaban los adornos de navidad por algún color en especial y este año mi madre quería todo el adorno en rojo. Sin embargo, sus parrandas eran cada vez peores.

Justo antes del 24 de diciembre cuando colocábamos los últimos adornos navideños, mi padre llegó aún más ebrio y agresivo de lo normal, entró como siempre golpeando todo a su paso. Todos

corrimos a escondernos, excepto mi hermano pequeño de 4 años que se tropezó con él de frente cayendo al piso, comenzó a patearlo con tanta fuerza que le rompió las costillas, el pequeño dejó de respirar; mi madre aterrada corrió hacia él para detenerlo, pero la empujó con tanta fuerza que cayó de espaldas golpeando su cabeza con la esquina de la mesa de centro, murió al instante.

Aterrado, mi segundo hermano de 10 años quiso escapar, pero lo interceptó en el camino y le estrelló la botella de vidrio directamente en la cabeza. Recuerdo perfectamente como los chorros de sangre brotaban al ritmo de las luces del árbol. Mi papá miró a su alrededor, sólo faltaba yo, sabía que estaba en riesgo mi vida, así que me armé de valor y saqué del mueble el cuchillo que mi mamá usaba para cortar la pierna navideña. Esperé sigilosamente a que se acercara. Con un movimiento equivocado que gracias al alcohol lo hizo caer dándome la ventaja suficiente sobre él. Me monté encima y lo apuñalé unas 30 veces. Descargué toda la ira reprimida en 15 años de abusos contra nosotros. En cuanto dejó de luchar me levanté, miré a mi alrededor dándome cuenta que las paredes blancas estaban salpicadas con un color rojo brillante muy bonito, el mismo color rojo que mi madre quería para adornar ésta navidad.

## **Santa Claus aburrido**

**Edith Esquivel Eguiguren**

Aquel iglú que se derretía cada noche con la pasión de los esposos Claus, se había convertido en una fábrica de mojigatos juguetes. Dormían entre gorilas, soldaditos y cowboys, imperturbables vigilantes del decoro, entre los cuales se colaba el viento del polo norte, de ese que cala los huesos y enfría la calentura. Inevitablemente llegó el día en que la señora Claus le vendió su mitad del negocio al señor Claus y se fue a las Bahamas para seguir el sol y huir de los impuestos.

¿Y quién soy yo para hablar de las intimidades de Santa Claus? Pues nada menos que Bernarda, la asistente de Santa. Hubo un tiempo en que usábamos la bodega de los peluches para nuestras escapadas. Y aunque un año tuvimos que reponer lotes completos de ositos polares, la aventura no duró, pues tal como un niño se aburre de su juguete mucho antes de que llegue la siguiente Navidad, Santa se fue aburriendo de mí antes de que pudiéramos avanzar a la zona de osos panda. Estaría resentida y amargada si no fuera porque yo también me fui cansando de su barba que pica, su panza que aplasta, sus overoles esponjosos que succionan todo lo que tocan y sus

extrañas obsesiones, como meterme a un costal de terciopelo rojo o disfrazarme de muñeca rota.

Poco tiempo después de nuestra ruptura, todos los enanos fueron sustituidos por esbeltas y guapas enanitas. El taller se convirtió en una mansión Playboy repleta de mujeres atractivas con mallas rojiblancas, y Santa parecía una especie de Hugh Hefner Navideño demasiado viejo como para tenerlas contentas a todas. Renuncié porque era frustrante trabajar con compañeras cuyo único talento era el tamaño del *derrière*. Pero claro, estoy simplificando, porque a mi edad uno quiere tener una sola razón para las cosas pero en vez de un hilo brota un enjambre. Quizás debo admitir que también mi propio *derrière* en picada disfrutaba poco de la comparación con las elfas. Y tal vez el disfraz de muñeca rota y despechada me quedaba mejor de lo que me hubiera gustado.

Pero el punto es que aunque ya no trabajo en el taller, Santa sigue dejándome un regalito cada Navidad. Si creen que le deja buenos juguetes a los niños, se irían de bruces al saber lo que le regala a los adultos. Durante más de una década, he escuchado su *ho ho ho* mientras se aleja de mi casa dejando objetos de espectacular belleza o gran utilidad bajo mi árbol. Pero no fue sino hasta hoy que descubrí el por qué de tanta carcajada. Quise limpiar a profundidad la regadera masajeadora que recibí

durante la pandemia y encontré dentro de ella una cámara oculta. No les cuento esto para asustarlos, pero sé que Santa se aburre rápido y nunca se sabe qué está tramando. Yo por si las dudas voy a darle una revisadita a mi juguete de este año, pero no para quitar la cámara, sino para ponerla en un lugar que me dé un encuadre más favorecedor.





## Susurros del Polo Norte

Fátima Villalta

Y como si nada el año había pasado volando, la escarcha decoraba las casas de los suburbios y la nieve cubría las ramas de los árboles viejos. El sol dejó de calentar. Era la noche del 5 de diciembre y como siempre, los cambios meridionales hacían que la oscuridad avanzara más rápido; yo jugaba con mi hermana cerca de un estanque congelado, a unos escasos metros de nuestra casa. Durante todo el año lo que más hice fue ayudar a mi mamá a cuidar a mi pequeña hermanita Mili, que me daba batalla por el mal comportamiento que tenía a raíz del abandono de nuestro padre; cierta vez corrió con un cuchillo por la casa con el que terminó abriéndome la mitad del brazo y por el cual recibí cerca de veinticinco puntadas, ¿lo ves? En fin, esa noche mi madre me mandó a cuidar a Mili mientras hacía la cena, pero Mili no estaba en la casa. Para no preocupar a mi mamá salí a escondidas con una linterna cuyo brillo era tenue pues el frío, la nieve y la noche no dejaban que la luz las penetrara. Camine. Caminé. Caminé. Llegué al estanque y alcancé a escuchar unos susurros tiritantes que venían del otro lado del estanque. Salí corriendo porque pensé que mi hermana había caído dentro

del agua al romperse el hielo, pero no fue así.

Ella estaba con sus manitas en el rostro susurrando mi nombre y con las lágrimas congeladas en las mejillas y frente a ella se encontraba una bestia gigante con apariencia demoniaca que resoplaba y rechinaba los dientes. Traía un enorme saco con cadáveres de niños, chorreaba sangre de las pezuñas y del hocico mientras veía fijamente a Mili. Le grité entonces: ¡Deja a mi hermana!, fue cuando giró su cabeza y en un parpadeo ya se encontraba frente a mí. Abrió su mandíbula y desde adentro se escuchaban los susurros de niños que ya había devorado y que se disculpaban por portarse mal. «Me llamo Krampus» –dijo–, «tú no has sido una niña mala, no estás en mi lista». Su voz era tan grave que hizo que un par de lágrimas se me escaparan y se suicidaran tras lanzarse de mis ojos, por haberlo escuchado. Le supliqué que dejara ir a mi hermana, que yo me iba en su lugar y aceptó.

¿Cómo sobreviví?, bueno, me trajo a esta aldea a trabajar y hacer juguetes para todos los niños buenos del mundo. Después de explicarme mis obligaciones me prometió que no se acercaría a Mili a menos que volviera a portarse mal, pero ya no sucedió. ¿Cómo lo sé?, bueno, en víspera de Navidad Krampus se transforma en un sonriente y simpático hombre llamado Noel y como está se-

guro que ya devoró a los niños malos, a los otros los trata con cariño, incluso a Mili, que ahora ayuda más a mamá tras mi desaparición aquel 5 de diciembre. Si te acercas lo suficiente a Noel podrás notar que los cascabeles disfrazan el susurro de los niños que se comió y el olor a galletas horneadas disimula un poco la pestilencia de la podredumbre de los restos de infantes que quedan entre sus dientes.



## Tepalcates

Karla Arroyo

Una por una, subieron las piñatas de barro a la azotea de la casa donde está el altar de la virgen, y que dividía la calle por la mitad. Ahí dejaron recargada en la pared, la escalera metálica. La cuerda de donde las colgarían, quedó encima de los cables eléctricos como los años anteriores.

Docenas de niños se reunían ansiosos correteándose entre sus madres y padres que por momentos, se olvidaban de ellos, mientras platicaban con los demás vecinos, michelada en mano. ¿Cómo es que a nadie se le había ocurrido antes vender cerveza en las posadas?

Desde la tarde se habían colocado botes para no dejar pasar a los autos, y la única manera de llegar o salir era por el corredor al final, donde apenas cabían las motocicletas.

La celebración inició una vez que el sonidero dio la indicación de ir por los peregrinos a la casa que los recibió la noche anterior. Enseguida una fila de mujeres con sus hijos siguieron a Doña Lupita, la encargada de los rezos en todos los eventos de la cuadra. Las velas los guiaron por el oscuro pasillo del callejón, donde se cuenta que se aparece Chuy, el teporochito, frente a la cruz que pusieron como

recordatorio y señalamiento de precaución al hoyo donde tropezó y murió.

Dos muchachitos cargaron las figuras de María y José sobre una tabla. Doña Lupita, al percatarse que no estaban fijos, imploró con las manos extendidas al cielo ¡Dios nos libre de la desgracia! Los peregrinos llegaron a donde les darían posada. Por tercera vez sería en su casa, según el “sorteo” de ese año. Doña Lupita hacía que los niños rezaran el rosario y cantaran; como premio recibían un aguinaldo con una caña, cacahuates, tejocotes, galletas de animalitos y los dulces de colación donados en esa ocasión de manera anónima, por un ex empleado de la pequeña confitería local, la cual se había declarado en quiebra, en parte, porque un lote resultó contaminado con salmonella.

La avalancha de eventos desafortunados comenzó con los gritos de los tripulantes de una motoneta que se proyectó a toda velocidad hacia la multitud congregada bajo la piñata. –¡El Chuy, el Chuy... ahí está el wey!

Desde entonces, cada 16 de diciembre se hace previamente a la posada, una misa en conmemoración de aquella comitiva que acompañó por última vez a los ahora despostillados y tiznados peregrinos.

## Noche de Paz

Miguel García

Felicia. He preparado todo para que cuando descubran esta carta se escuche tu canción favorita, La Dosis Perfecta del Panteón Rococo, bajito como a mí me gusta escuchar el ska. Te marchaste en la navidad del 2020, reconozco que lo hiciste muy bien. Me dijiste que irías a cuidar a tu madre pero te fuiste para siempre, panzona, con mi hijo adentro, Culera. Perdón, olvida eso, lo he tachado.

Tú sabías muy bien que ese año las cosas se pusieron difíciles, pero, ¿neta era para dejarme? No diré más, no quiero que esto sea otro reclamo, ni una nueva pelea. Sabes, Felicia ¿recuerdas que te comenté que desde que era morrito quería atrapar a Santa? Hoy lo voy a lograr. Construí un sistema para que el depa no se pueda abrir desde adentro. Ahora sí lo atraparé. Ya sé, me dirás loco, mariguano y todas esas cosas que siempre me has dicho y no, la mota no tiene la culpa.

Rodolfo sin querer me pasó el número de Santa, ¿sí te acuerdas de Rodolfo, el de la nariz rota? Lo conocí en una capacitación de Uber. Él me conectó con el Sapo y con esa banda de culeros que no me cayó bien. Resulta que el Santa es un sicario de la maña de la colonia Chapu. Felicia, estoy imagi-

nando tu jeta con los ojos de un lado a otro como moscas gordas y tu hocico ladeado. No, no le dicen Santa por Santa Claus, le dicen Santa porque es devoto de la Santa Muerte y los trabajos que hace el 24 de diciembre los hace gratis.

Hace días le mandé un WhatsApp, le dije que siempre había soñado con atraparlo, capturarlo, engatusarlo con galletitas y Chocomilk. El culero se rio de mí. Le dije que era policía, que ya lo tenía wachado que nomás que se descuide y zas, le cae el guante. Apliqué las artimañas que me contó tu hermano, esas que le enseñaron en la cárcel cuando lo jalaron para las extorsiones telefónicas. La neta es que no me creyó. Tuve que cambiar el argumento. Me excedí en las provocaciones, hablé mierda y media sobre su culto y se emputó. El rol cambió, primero yo le escribía y él me dejaba en visto, después él estaba sobres. El cazador se convirtió en la presa pero Santa no sabía que esa era la jugada. Pendejo.

Me hacía falta cerrar la pinza como dicen en la tele. Fui a Las Arboledas a buscar a Rodolfo; a la base de la ruta. Ahí estaba esperando a que regresara el Sapo a entregar la cuenta y el micro. Él pensó que lo buscaba para unirme a su culto; me presentó a sus hermanos como él les dice. Ya sabes, puros apodos malandros, Trueno, Relámpago, Travieso, Cupido, Cometa y otros cuatro que



ya no recuerdo. Lo aparté un momento y le conté de mi plan. Le expliqué que le había tendido una emboscada al Santa y le pedí prestada un arma. El güey al principio se rio de mí, como todos, ya sabes, hasta tú, Felicia. Pero poco a poco se dio cuenta que iba en serio. Me dijo que no podía ayudarme que a él no le gustaban las armas y se despidió de mí. Mi plan estaba sembrado. Era cosa de esperar. Ayer me llegó un WhatsApp distinto. “Ya sé dónde vives, culero”.

No compré el arma, Felicia, claro que no, no tengo lana, sigo pagando el Uber que choqué el día que te fuiste. Hace rato empeñé lo último que pude y me lo fumé de mota y aquí estoy escribiendo estas pinches líneas de despedida, pronto conoceré a mi niño, ~~al que fuiste a abortar a no sé dónde vergas~~, no creas que no me enteré. Hoy 24 de diciembre estoy esperando a que Santa llegue, haga su trabajo y yo por fin lo pueda atrapar. Espera, creo que ya llegó. El plan está saliendo como lo pensé.



## Vin fiert

Liz Bourgogne

Aquella tarde se había vuelto noche; una muy clara, como lo son las noches invernales en Europa del Este. Caminaba sin rumbo por las calles del centro viejo, o «Centrul Vechi», de Bucarest cuando la nieve empezó a caer. Caía suave, apenas desviada de la vertical. De la misma manera que festejan en el desierto las primeras gotas de lluvia, mucha gente había salido a contemplar el paisaje que lentamente se tornaba blanco.

Faltaban unos días para Navidad; los suficientes para que Bucarest luciera animada antes de que todos marcharan a sus pueblos de origen —la țara— o partieran al extranjero a visitar algún familiar y dejaran la capital convertida en una ciudad fantasma.

En esa época yo mostraba una especial debilidad por los mercados navideños, con sus puestos de madera en forma de cabaña. Mis pasos no tardaron en dirigirse hacia allí. Mientras avanzaba por el mercado navideño de Piața Universitate, en lo que menos pensaba era en comprar; excepción hecha de un vaso de «vin fiert», o vino caliente, con su aroma a canela y su sabor a frutas, muy parecido al ponche, y del que, tan-

teando la temperatura, de vez en cuando bebía un sorbo.

El mercado no tenía nada novedoso; quien ha visitado un mercado navideño en Viena seguro no notará mucha diferencia al que se expone en Budapest, Bratislava o Bucarest. Pero es precisamente esto lo que lo vuelve especial. Claro que cada región tiene sus características y no podían faltar las artesanías, los abrigos de lana y artículos invernales, además de una buena provisión de pan, dulces y bebidas tradicionales del país. Entre todas aquellas golosinas predominaban los panes como el «cozonac», las galletas o «turta dulce», las manzanas caramelizadas y el «kürtőskalács» con su gran forma cilíndrica recubierta de azúcar.

Tras haber recorrido el pintoresco mercado decidí que era momento de cambiar de atmósfera y dar la espalda al espejismo. Avancé por el bulevar Regina Elisabeta iluminado por faroles que expe-  
lían una brumosa luz amarilla. A las pocas cuadras apareció Cișmigiu, con sus árboles desdibujados y su pista de patinaje con música navideña.

Pasé de largo los puestos y los reducidos grupos de gente que en círculo no dejaban de hablar y hacer aspavientos; tal vez con pretexto de mitigar el frío. Subí por un puente de piedra bajo el que ahora no había corriente alguna; todo estaba muy quieto. Al llegar del otro lado me pareció entrar a

un territorio desolado. Allí sólo había árboles helados y una que otra persona que corría hacia el puente camino a reunirse con amigos y familiares cerca de la pista.

Nadie mostraba interés alguno por aquella parte del parque; lo esquivaban tan pronto como ponían pie entre sus sombras y desesperadas seguían las migajas luminosas que aventaban contra el piso los faroles de herrería.

La música sonaba muy lejana; tan ajena a lo que ahora me rodeaba. Seguí avanzando hasta el final del parque, allí donde ya era visible la calle Ştirbei Vodă con sus edificios grises salpicados de blanco.

Me acerqué a una banca y con mi mano enguantada retiré la nieve, tan menuda como granos de arena. Entonces me senté a saborear las últimas gotas de mi vin fiert, sin siquiera sospechar que un vacío se iba apropiando de mi pecho y que ya nunca desaparecería. Había encontrado mi oasis, pero igual que el beduino, no podía quedarme allí por siempre.

## Wonderful Christmas night

Jorge Quispe Correa Angulo

Al abrir los ojos no tardó en darse cuenta que estaba amordazado. Le pareció reconocer en la mirada de su captora a la niña que solía pedirle cosas extrañas en Navidad muchos años atrás.

Ella lo escudriñaba fascinada, mientras recordaba todas las veces en las que recibió como regalo algo distinto a lo que deseaba. También vinieron a su mente aquellas burlas de quienes le decían que Santa Claus no existía.

Antes de irse a comprar las cosas necesarias para lo que haría después tuvo la gentileza (o crueldad) que su víctima, un hombre gordo de barba blanca y vestido de rojo, se quedara observando en la televisión una antigua película llamada “Misery”, su favorita.

## Ya no puedo más

Emmanuel Lagunas B.A.

Recuerdo cuando existía un día mágico donde todos dejaban de lado sus diferencias y se unían en una celebración de paz y amor, regalos se entregaban, viejas rencillas eran sanadas y familias se reunían. Desearía poder volver a ver ese día, porque desde hace ya mucho tiempo cada víspera de Navidad todos sobre la faz de la tierra nos atrincheramos en nuestras casas y rezamos poder ver el día siguiente, y es que desde que Krampus tomo el control cada Navidad una helada cubre el planeta y él sale de cacería.

No había problema antes, ya que mientras el espíritu navideño estuviera vigente, Krampus estaba controlado, pero desde que la Sra. Claus murió ese 25 de diciembre, Santa se encerró en su oficina, sumido en la más profunda depresión, el que las personas dejarán de recibir sus regalos causó un efecto dominó que ocasionó la pérdida total del espíritu navideño.

Estoy cansado de que cada año pierdo un hermano, un amigo, o compañero de trabajo del taller, cada día somos menos elfos, intentamos entregar los regalos nosotros, pero, no pudimos.

Solo rezo porque Santa decida ponerse de pie y

darle fin a esta pesadilla, o que Krampus al fin decida ponerme fin a mí, porque ya no lo soporto.



## El mejor regalo del mundo

Alejandro Lanzagorta

—Así que, si te inscribes en el programa, al amanecer del día de navidad, bajo el árbol, estará el mejor regalo del mundo.

—Así es, señor. El mejor regalo del mundo para usted en ese momento en específico.

—El mejor regalo del mundo. ¿Alguna pista de lo que sería?

—Ninguna, cada persona recibe lo mejor para ella en ese momento.

—¿Usted lo ha recibido?

El vendedor lo miró fijo mientras habló:

—Este es mi regalo. Tener la oportunidad de que otros reciban lo mejor para ellos. No hay nada más satisfactorio para mi persona que ayudar a otros.

Los ojos tenían un brillo raro, como una luz parpadeante al fondo. Si los ojos son las puertas del alma, ¿qué es lo que estoy viendo? se preguntó Miguel.

—OK. Estoy muy intrigado. Acepto la propuesta.

Miguel y su esposa regresaban a casa después de la fiesta de navidad. Ninguno habló durante los 30 minutos del camino. Apenas el carro se detuvo, la esposa bajó de inmediato.

—Con cuidado, mujer -le dijo enojado Miguel-. Si te pasa algo no quiero que piensen que yo lo provoqué

—¿Quién podría creer eso, querido? Somos perfectos el uno para el otro ¿no?

—Bruja —dijo para sí Miguel

—Idiota —dijo ella.

La esposa caminó deprisa hasta su recámara. Al pasar por la sala, le dio un rápido vistazo al árbol de navidad.

Miguel se sirvió una copa de vino en la cocina, se sentó en la sala. Entre sorbos vio el árbol de navidad. Se acomodó para ver debajo del mismo, nada. Bueno, dijeron al amanecer. Al terminarse su bebida se levantó para irse a dormir.

Despertaron al mismo tiempo. Saltaron de la cama como un resorte tratando de evitar el contacto físico con el otro. Se miraron un momento sin saber qué decir

—¿Quieres que vayamos a ver los regalos? —preguntó Miguel después de un rato.

—Me parece bien -dijo la esposa.

Entraron juntos a la sala. Debajo del árbol había dos cajas de regalos iguales, eran cajas color carmesí con listón dorado. En una decía Él, en la otra Ella.

—También te contactaron? —preguntó la esposa.

—Parece que ambos recibiremos el mejor regalo del mundo —dijo Miguel.

Se sentaron en el piso espalda contra espalda, tomaron sus regalos y se dispusieron a abrirlos. Lo hicieron así pues querían ver primero el regalo recibido y evaluar si serviría para presumirle al otro.

Miguel abrió su regalo. Una escopeta recortada y dos cartuchos estaban en la caja. Tomó una pequeña nota que venía dentro: Dispara primero, Miguel, ella recibió lo mismo.

Antes de que tomara una decisión, se empezaron a escuchar disparos en las casas cercanas.



## Los autores:

Mirza Mendoza

(Lima - 1985) Es escritora especializada en cuentos:  
realismo, terror

Arturo Martínez Molina

Soy un escritor autodidacta barcelonés nacido en 1973, forjado a base de práctica en años en pequeños relatos que me han preparado para afrontar el reto de poder acometer una novela sin mayores problemas. Mi principal género es la ciencia ficción en la que me muevo mejor al haber leído sobretodo a Isaac Asimov, Larry Niven y algo de Arthur C. Clarke. Mi estilo creo que deriva sobre todo de Niven y Asimov, ya que son mis preferidos que leía más asiduamente.

Rocío Mejía Ornelas

Escritora. Docente en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Andrea Madrueño

Psicoanalista y bruja. Orgullosa madre de una adolescente y escritora de terror en sus ratos libres. Para ella, las historias siniestras son el medio para expresar sus miedos más profundos y revelar verdades incómodas. Sus textos han sido publicados en antologías y medios

digitales como: Alta Fidelidad (2019), Penumbria #55: Distópica (2022), Antología Medusas (2022), Metamorfosis (Especulativas, 2022), Antología de Ciencia Ficción (Cósmica Fanzine, 2022), Penumbria #56: Cuento Fantástico (2022) y Siniestras: Antología de cuentos de mujeres que incomodan (Especulativas, 2022).

F. Javier Solórzano Serrano

Ciudad de México, 1977. Escribe lo que puede cuando puede. Cuando no, sirve café.

Sara Montaña Escobar

(Ecuador, Loja, 1989). Licenciada en psicología general. Becada en la maestría de investigación en literatura con mención en Escritura Creativa de la Universidad Andina Simón Bolívar. Editora y coordinadora de Editorial Unicornias.

José Tamayo

Escritor. Alumno de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay en Morelos.

María Sara Müller

Escritora

Isa Judhá Cari

Es una directora audiovisual de 44 años, gusta de la realización de cortometrajes de corte social y temática

de género, ha sido seleccionada en diversos festivales de México y el extranjero (Colombia, Chile y España). Ha sido coautora en libros de cuentos y con temática de diversidad sexual. Isa Judhá es una mujer y mamá trans que lucha por hacer visibles a las maternidades y paternidades trans.

#### Nelson Lehi Cardoza Diaz

Nació el 24 de diciembre de 1986 en la ciudad de Piura, en Perú. Cursó estudios en la Universidad Nacional de Piura en Ciencias de la comunicación. Además tiene canal de YouTube, Spotify e Ivoox, llamados “Sensaciones Literarias”, donde publica sus relatos en formato podcast.

#### Ayael Pérez

Comunicóloga. Correctora de estilo. Creadora de textos y de historias. Egresada de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay. Mención honorífica en el I Certamen Internacional de Relato Breve “Soy protagonista de mi historia”, de La Red de narrativa Latinoamericana. Publicada (por concurso) por la revista Hispanic Culture Review de la Universidad George Mason, en su edición 2020. Participante en las antologías de cuentos Mundos Inventados y Los lunáticos no pusieron resistencia, del Fondo Editorial del Estado de Morelos, así como de la antología Así vas a morir (edición 2022).

### Miguel García

Aprendiz de escritor nacido en la década de los setentas. Le gusta la música y la comida. Quiere tener una vida tranquila pero sistemáticamente se mete en problemas que lo alejan de su objetivo. Misántropo y buen amigo, bebedor de vino y mezcal. Hace contenido para Instagram y Youtube.

### Fátima Villalta

Originaria de El Salvador, residiendo actualmente en Santa Ana, nació el 1 de junio de 1999 y es egresada de la carrera Licenciatura en Ciencias del Lenguaje y Literatura por la Universidad de El Salvador. Ha trabajado como correctora de textos en Editorial Universitaria, además de trabajar en correcciones particulares; su gusto por la literatura inició a los 12 años con el libro La cabaña del Tío Tom de Harriet Beecher Stowe y se magnificó con Narraciones extraordinarias de Edgar Allan Poe. Ha sido miembro del grupo «Rescaldos Literarios» y ha participado en el taller «Crisol» para aprender más sobre la literatura.

### Dulce Esperanza Cruz Torres

Licenciada en psicología, realizó estudios de la maestría en psicología clínica, legal y forense. Cursó el V diplomado virtual en creación literaria impartido por el INBAL.



Lorenza Ortega

Egresada de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay en Cuernavaca, Morelos. Integrante del Taller de Escritura Creativa del maestro Francisco Rebolledo y del Taller de poesía “El Ciruelo” de la poeta, Kenia Cano.

Carolina Pluma

Originaria del estado de Tlaxcala, licenciada en Historia. Recientemente escritora aficionada. Se han publicado dos minificciones de terror en éste año, el primero en la revista Penumbria (necroeroticón) y el segundo por la editorial alas de cuervo.

José L. Sierra

Catedrático asociado de la Universidad Interamericana de Puerto Rico, Recinto de Fajardo.

Trabajador Social con certificación profesional para la intervención en duelos y pérdidas. Posee una maestría en Creación Literaria con especialidad en narrativa y un doctorado en Filosofía con especialidad en Análisis y Administración de Política. Publicó el poema La abuela del cielo como parte del Festival Cuatro Conjureros en Cancún, México (2022). Autor de artículo profesional incluido en la novela con el tema de duelo de la autora Gladys Vanessa: Carlitos un superhéroe del cielo. Coordina el proyecto Libros solidarios en beneficio de organizaciones sin fines de lucro.

### Andrei Velit

(Huancayo, Perú 1989) Escritor, melómano, gestor cultural y lector febril desde la adolescencia. En el 2020 publicó su primer libro llamado “Vendrá la muerte y tendrá tus ojos” a través de la plataforma virtual Lektu, y prepara la publicación de dos libros físicos de cuentos con títulos tentativos “La soledad de los vencidos” y “Los diversos rostros del abismo”. Actualmente se desenvuelve como editor principal en la antología literaria “Pesadillas bajo la tinta” del grupo Verso Inefable.

### Shirley Andrade Andrade

(Quito-Ecuador, 1987) Ha publicado dos microcuentos en el libro MicroQuito 1 (Corporación Eugenio Espejo por el Libro y la Cultura, 2010); la poesía Solicitándonos, en la Antología de poemas de amor a distancia (Liberoamérica, 2018); el cuento infantil El abuelo que comía golosinas (Seguros del Pichincha, 2020). Es autora del libro infantil La búsqueda (ilustrado por Nicoletta Bertelle, Editorial Oso Melero, 2022); y del cuento Huéspedes (Revista Anapoyesis, México, 2022).

### Ana Jácome

Nacida a inicios de los ochenta, tuvo la fortuna de ser educada por el bosque y por el terror cósmico. Es ferviente creyente del horror, está convencida que las historias de fantasmas nos mantienen en buena salud.

Es lectora y coleccionista de libros. Asidua participante en talleres de escritura creativa. Ha sido correctora de estilo, redactora publicitaria, guionista y a últimas, cuentista y poeta. Estudió Artes Visuales en Morelos y se las he ingeniado para vivir de sus letras.

#### Liz Bourgogne

Es licenciada en Fotografía de Cine por la Universidad Nacional de Arte Teatral y Cinematografía I. L. Caragiale de Bucarest, Rumania. Ha trabajado como redactora, fotógrafa, diseñadora gráfica y editora de video. Habla inglés, rumano y alemán. Es autora de la novela *La eterna devoción*, publicada por Ediciones Camelot América en 2019.

#### Jorge Quispe Correa Angulo

(Lima, Perú). Cuenta con reconocimientos en su país y en el extranjero. Ha publicado los libros “Trazos primarios” (2001) (relatos), “Pasajeros de lo efímero” (2019) (microcuentos), “Hablábamos de fútbol hasta que llegaron ustedes” (2021) (novela corta) y “Jardín de Levedades” (2022) (microcuentos).

#### Edith Esquivel Eguiguren

Escritora, traductora y correctora de estilo. Asiste a talleres de creación literaria desde el 2000. Cuenta entre sus maestros a Diana Amador, Luis Francisco Acosta, Citlali Ferrer, Francisco Rebolledo y Eliana Albala.

Creadora de la plaqueta cultural Tecolote del Instituto Tecnológico de Zacatepec. Ha publicado textos breves en distintas revistas, antologías de cuento y blogs literarios. Fue beneficiaria del programa de estímulo a la creación y al desarrollo artístico (PECDA) Morelos 2011. Concluyó la maestría en Ciencias Políticas y Sociales (CIDHEM) y la maestría en Administración Pública (UBO-Francia). Es también egresada de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay (Morelos) generación 2015-2017.

Karla Tabitha Mosqueda Ortega

(Cuautla, Morelos, 1993) Estudió licenciatura en música en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Recientemente terminó el diplomado en creación literaria en la Escuela de Escritores Ricardo Garibay y actualmente cursa el segundo año de la licenciatura en Creación y estudios literarios en el Centro Morelense de las Artes.

Leslie Hernández Conde

27 de agosto de 1983. Zacatepec, Morelos. Licenciada en diseño de la comunicación gráfica, Universidad Autónoma Metropolitana. Laboré en despachos de diseño y producción gráfica, así como en el sector educativo, revistas y administración. En 2017, obtuve una mención honorífica en el concurso de cartel “La evolución de la constitución a través de sus 100 años”. En

2018, fui seleccionada para participar en la 3ra feria de arte universitario en el área de cuento.

Emmanuel Lagunas B.A.

Nació en Cuernavaca, Morelos, el 2 de septiembre de 1996. Desde muy joven ha sido fanático de las artes marciales y ciencia ficción, aunado a su experiencia trabajando en la secretaria de seguridad pública de su estado, busca combinar sus experiencias de vida y conocimientos para crear obras que hagan hervir de emoción la sangre de sus lectores. Actualmente, ha publicado las novelas “Operación Masacre” y “El hombre del casco”, ha participado en el periódico la Unión de Morelos con los artículos “El futuro ya nos alcanzó”, “Realidad aumentada y virtual como herramientas de aprendizaje”, “Las redes sociales y la muerte” también es coautor de los web comics, “Inmersión Común” y “Pepe la oruga”.

Karla Arroyo

(Ciudad de México). Radica en Cuernavaca, Morelos. Sus textos se han incluido en diversas antologías de editoriales y revistas independientes, con temáticas como la escritura identitaria, cuentos de terror, ciencia ficción y fantasía. Participó en seminarios, cursos y talleres de escritura creativa, minificción, cuento gótico, narrativa fantástica. Cursó el 5º Diplomado Virtual de Creación Literaria del INBAL, así como el

Seminario de Introducción a la Literatura Moderna y Contemporánea de México, de la Fundación para las Letras Mexicanas.

Liliana Flores

(Atlixco, Puebla) Egresada del Colegio de Lingüística y Literatura Hispánica de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, ha sido publicada en antologías como *Diversidad(es)* (2021) y *Minificciones en invierno* (2022); así como en revistas digitales tales como *Marabunta*, *Perro Negro de la Calle*, *El Creacionista* y *Fatum*. *El andar de las letras*.

Arturo Núñez Alday

Lic. en Psicología. Estudió la Carrera de Actuación en la escuela de Teatro “Seki Sano”. Se ha desempeñado como docente, actor y consejero electoral. Ha impartido la asignatura de Cuento en la Escuela de Escritores Ricardo Garibay, de Cuernavaca. Dirige un taller permanente de cuento en esta ciudad. Entre los reconocimientos en el ámbito literario, destacan: Primer lugar en el Concurso Literario de Radio UAEM “PALABRAS A MI HIJO”, en el año 2000; Premio Nacional de Cuento “Beatriz Espejo” 2015, otorgado por la Secretaría de Cultura de Yucatán; Primer Lugar en el Concurso Nacional de Cuento Corto “Las Lunas de Octubre” 2016. Ha sido finalista en algunos otros certámenes. Tiene seis libros de cuentos publicados.

Sandra Carolina Jiménez Pedroza

Egresada de la carrera de Lengua y Literaturas Hispánicas, UNAM. Actualmente es estudiante de Filosofía e Historia de las Ideas en la UACM.

Olivia Guarneros

Escritora poblana (México, 1978) ganó el concurso “Mujeres en vida” con “La cita” (2017), el “Primer Concurso de Cuento Iberoamericano Fundación Elena Poniatowska-Ventosa Arrufat” con “Mictlanpapalotl” (2020). Fue Mención Honorífica en el “Séptimo Premio de Periodismo Gonzo” (2021) con “Movimiento Pendular” y es una de las ganadoras del “Quinto Concurso de Cuento Corto” Escritoras MX (2022), con el cuento “Canícula”. Recientemente fue Mención Honorífica en el “Concurso de Cuento de Ciencia Ficción” del Tercer Festival Semillas UACM (2022) con el cuento “Destino”.

José Luis Paolo García Morales

Escribo cuentos y novelas. Algunos han sido publicados en revistas literarias como Penumbria, Espejo Humiente, Los Bastardos de la Uva. También publiqué una colección de cuentos: “Sardónia”, y una novela de ciencia ficción: “Blunka Resh”.

## Alejandro Lanzagorta

Escritor de novela y cuento, especialista en horror y terror. Cuenta con dos libros de cuentos publicados: “La Certeza de su Muerte” (2010) y “Caná, después de la boda” (2019). Ha sido publicado por editoriales y revistas colaborativas en USA, Ecuador, España, Colombia y México.











Ex Libris  
Diaboli  
Lingua

*Duendes, pavos, árboles y un señor vestido de rojo*  
NAVIDADES PARALELAS  
*antología internacional de relatos navideños*  
en su edición digital aparece  
en Nochebuena de 2022,  
realizada por Lengua de Diablo Editorial  
en el antiguo barrio de La Carolina,  
en Cuernavaca, Morelos, México.  
[www.lenguadediablo.com](http://www.lenguadediablo.com)  
Se utilizaron fuentes de la familia Literata.